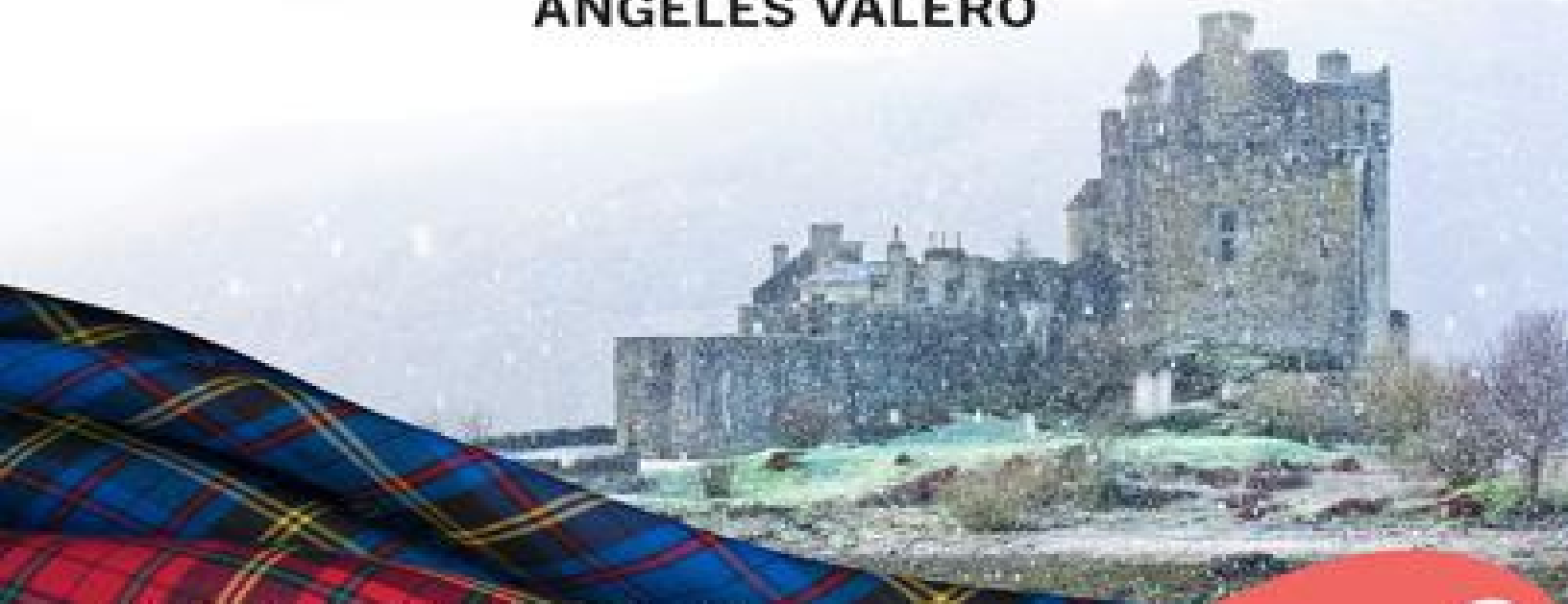


Para siempre, mi amor

ZAHARA C. ORDÓÑEZ

ÁNGELES VALERO



Sucedió en Escocia 8

Selecta

Para siempre, mi amor

SERIE

Sucedió en Escocia 8

Zahara C. Ordóñez
Ángeles Valero

Selecta

A los que aman las historias de reencuentros en Navidad

Quedó al fin sola y en libertad para soltar la rienda a su aflicción, acerba y profunda como la de todos los que pierden el objeto de su primer amor, antes de que el tiempo y las desgracias le hayan enseñado que toda pérdida es reparable o llevadera, al menos hasta cierto punto.

El monasterio, sir Walter Scott

Capítulo 1

Meribeth

Baileaghràid, Escocia, 1871

Hacía siete años que había perdido al amor de mi vida. No, la muerte no se lo llevó. Quizá eso habría sido consuelo para la separación. Fueron las circunstancias y mi cobardía. Fueron las imposiciones de una estricta sociedad a quien el amor y los sentimientos importan poco, como si no fueran lo más inherente al ser humano. Como si pudiéramos cercenarlos de nosotros sin compasión.

Durante esos siete años no había habido un solo segundo de mi existencia en el que no hubiera pensado en él. En su amable sonrisa, en su forma dulce de mirarme, en todas esas cosas que le llamaban la atención del ancho mundo y para las que siempre tenía un comentario ingenioso. No había olvidado ni sus ojos, del color del té con leche, ni su cabello, del negro más brillante, ni tampoco sus manos. Esas que un día me recorrieron sobre la ropa llamando a la prudencia para no llegar a nada más, porque los dos nos deseábamos, pero éramos, por aquel entonces, jóvenes e inexpertos. Al final transgredíamos los límites del decoro porque la pasión nos apremiaba, sin pensar en las consecuencias. Y las hubo, aunque él no lo supiera.

En aquella época, a ratos nos creíamos que nos comeríamos el mundo, pero fue el mundo quien nos devoró sin compasión. Caímos en sus fauces como presas fáciles y, consumidos, no pudimos hacer frente a todo lo demás solo con nuestro amor.

Me pesaban muchas cosas de lo que había sucedido siete años atrás. Me pesaba mi falta de juicio, mi nula capacidad para enfrentarme a las circunstancias, mi absoluto desprecio por mis propios sentimientos, mi facilidad para dejarme persuadir. Todas esas cosas eran una losa sobre mí que cada día notaba aprisionándome más.

Su imagen me asaltaba en las horas de silencio y en las de bullicio, pues, a pesar del tiempo, su recuerdo seguía vívido en mi memoria, como una gota de agua imperecedera en la que hubiéramos capturado los mejores momentos. A veces tenían más peso que los malos, que eran muchos, y amargos, pues la ruptura lo fue.

Y le dije adiós en una mañana invernal como la que ahora contemplaba. Lo vi marchar por el puente nevado que separa la isla del castillo de la tierra, alejarse como un sueño que hubiera tenido mucho tiempo atrás. Él miró sobre su hombro una sola vez, y me bastó para ver lágrimas en sus ojos, que terminaron de romperme el corazón.

Jamás pensé que, en una mañana tan fría como aquella, él regresaría.

Me encontraba bordando junto al fuego, en la única compañía de Heughan, mi querido terrier, pues en ocasión a los días especiales de Navidad había decidido dar tiempo libre a los criados. A todos les pareció una locura, sobre todo a Bethany, el ama de llaves, que refunfuñó bastante antes de acatar mis palabras. Entre ella y yo había gran confianza como para que pudiera mostrar sus sentimientos de una forma tan clara. Sin embargo, yo no iba a dar mi brazo a torcer, así que despaché a todos con una pequeña paga extra para que pudieran comprar dulces navideños. No eran días de vacaciones oficialmente en Escocia, salvo para los empleados de la banca, pero a mí me gustaba mantener las viejas costumbres de mis ancestros y dar cierta libertad a los criados en esos días. Por ello, me encontraba sola en la quietud de las paredes de Eilean Mo Chridhe, el castillo que había amparado al largo linaje de los McFàrach desde que existía. Un linaje de gran peso en las Tierras Altas.

Escuché la aldaba de la puerta principal tocar tres veces. Levanté la mirada del bordado y fruncí el ceño, preguntándome quién sería.

—Como a algún criado se le ocurra volver se las verá conmigo... —refunfuñé.

Heughan alzó las orejas, tumbado junto al fuego sobre la alfombra, su lugar favorito.

—¿Quién crees que será? —Miré el reloj que reposaba en la repisa de la chimenea—. Y a estas horas. Son más de la seis.

Oteé desde la ventana, pero caía tal ventisca de nieve que lo más que alcancé a ver fue a un hombre vestido con un abrigo y un sombrero de copa. Se pegaba a la fachada tratando tal vez de cobijarse del fuerte viento. Dejé la ventana, así como los útiles de costura, y me dirigí a abrir. Heughan ni se inmutó. Cuando estaba al calor del fuego pocas cosas podían hacerlo salir de ahí.

En cuanto abrí la puerta, la respiración se me cortó y no solo por el frío exterior que me golpeó. Por unos segundos pensé estar viendo algo producto de mi imaginación. Quizá me había acercado demasiado al fuego y el calor había hecho estragos en mi mente. Hasta que no lo oí pronunciar mi nombre, no salí de cierto estado alunado en el que solo pude observarlo fijamente.

—¿Meribeth? —lo dijo con la delicadeza de una caricia.

Sus ojos seguían teniendo aquel hermoso color y sus mejillas estaban teñidas de rojo por el frío. Estaba más alto que la última vez que lo vi y poseía un porte de caballero arrebatador. Tragué saliva, incapaz de pronunciar palabra. Él repitió mi nombre.

—¿Se encuentra bien? —preguntó después.

—¿Declan? —dije al momento, tras sacudir la cabeza—. ¿Qué... qué hace usted aquí?

Tiempo atrás nos habíamos hablado de una forma muy cercana, pero en aquel momento no sabía cómo era la relación que nos unía y no quería pecar de maleducada, siendo que él me había tratado de usted. Declan me miró confuso, por unos segundos, y luego se quitó el sombrero. Lo pasó de una mano a otra y luego habló:

—Perdone que la moleste, pero el carruaje ha encallado en el camino a media milla de aquí y necesito saber si puede enviarme a alguien a que nos ayude.

La ventisca seguía cayendo sobre nosotros, con fuerza.

—No tengo criados ahora mismo en el castillo, señor, lo siento. No obstante, con esta ventisca, es mejor que deje el carruaje donde está y trate de sacarlo cuando amaine.

Miró sobre su espalda y fijó la vista más allá del blanco que la nieve le otorgaba al día y que no permitía ver muy lejos.

—El pueblo está cerca, ¿no?

—Sí, pero no llegarán andando a él con este tiempo. Si... —Nerviosa, lancé una sugerencia—. Si quieren pueden refugiarse aquí. El cochero, usted y... —«su esposa», estuve a punto de decir,

imaginándomelo ya casado, con un fuerte pellizco arrebatándome las entrañas— y quien lo acompañe.

—Viajo con un amigo —declaró él.

Sentí que el pellizco en el estómago se hacía menor. Hubo entre nosotros un silencio largo en el que solo nos miramos, como si estuviéramos apostando a ver quién de los dos retiraba antes la vista. Fui yo, que la agaché, demasiado abrumada por los sentimientos que volver a verlo me había provocado.

—Haré venir a los muchachos con los caballos, si le parece bien. Les pediré que se cobijen en el establo.

—Que dejen los caballos allí y después entren al castillo. Podrán quedarse en los aposentos de los criados.

—No querría que fuéramos una molestia.

—No lo serán —respondí con una sonrisa sincera—. Y ustedes pueden descansar en una de las habitaciones de invitados. Tienen una buena chimenea, así que no pasarán frío.

—Gracias.

Después de dedicarme una leve inclinación de cabeza, se marchó, perdiéndose de nuevo entre la ventisca. Lo observé irse como aquel día, y, una vez más, me pregunté si regresaría. Quizá, en definitiva, solo había sido producto de mi imaginación. Cerré la puerta y apoyé la espalda en ella, lanzando un suspiro. Después de tantas veces como había imaginado cómo sería si nos volviéramos a ver, había sucedido. Y, desde luego, no había sido como esperaba. Era un reencuentro más bien frío, aunque cortés, alejado de mi idea de abrazarnos como si no hubiera un mañana. Quizá, después de todo, él se había olvidado de mí en esos años, rehecho su vida de una forma en la que yo no había sido capaz. Tal vez, después de todo, yo ya no era importante para él.

Bajé la mirada y hallé cerca de mí a Heughan.

—¿Qué haces aquí, pequeño? —le pregunté agachándome para acariciarlo.

Levantó las orejas y movió el rabo entusiasmado, cosa que me hizo sonreír.

—Eres un poco cotilla, amigo mío, has venido a ver quién era. Pues te lo diré: Declan O’Rilley, ya te he hablado antes de él.

Soltó un pequeño ladrido, como si asintiese, y después pidió más caricias frotándose contra mi mano.

—Y creo que me ha olvidado por completo... —musité después, algo triste.

En los pequeños ojos negros de Heughan quise ver un poco de consuelo, como si fuera un anciano que estuviera dándome consejo y diciéndome que me animase. Lo abracé entonces y él siguió moviendo el rabo, feliz. Jugué un rato con él en el zaguán de entrada, aguardando la llegada de los hombres, hasta que escuché revuelo fuera. Declan había regresado, cargando con un par de baúles con ayuda de un chico joven. En un instante me pareció que pudiera ser su criado, pero no iba vestido como uno. Llevaba ropajes normales y un corbatín bien anudado, con aspecto pulcro. Otros dos, que supuse el cochero y su ayudante, tiraban de dos caballos a duras penas, pues la ventisca los asustaba.

Con premura, fui hacia ellos y les abrí las puertas de los establos después del saludo pertinente. Luego les di indicaciones de dónde se encontraban los aposentos de los criados, así como la cocina y un pequeño salón del que podrían disponer.

—Por favor, siéntanse como en casa. No sabemos cuánto durará esta tormenta —les dije.

Noté que Declan me miraba, y cuando fui a mirarlo también, apartó la vista al momento.

Iba a llamarlo señor O'Rilley, pero entonces recordé que la reina le había dado el título de baronet, y estaría siendo incorrecta.

—Sir Declan, si me acompaña lo llevaré hasta la habitación de invitados. Su... —Miré al muchacho que lo acompañaba.

—Disculpad. —A toda prisa se dispuso a presentarnos—. Es mi mejor amigo, Robert Drew. Robert, ella es lady Meribeth McFàrach.

—Me basta con que me llame lady Meribeth —me apresuré a anotar.

—Un placer, señorita. —El joven hizo una estudiada reverencia, muy vigorosa. Sin duda era un hombre de gran energía.

Tenía el cabello rubio y los ojos verdes, lo que hacía un fuerte contraste con el pelo negro y los ojos miel de su amigo.

Declan me dedicó un educado «gracias».

Mientras subíamos por las escaleras, no podía quitarme de la cabeza la idea de que lo tenía justo detrás de mí. De que si giraba la cabeza lo vería. Vería al que había sido el amor de mi vida a unos palmos de mí mientras nos comportábamos como dos extraños. Como si tiempo atrás no nos hubiéramos besado hasta el alma. Por un segundo, sentí ganas de llorar, pero me recompuse y avancé hasta el pasillo donde estaban los aposentos.

Abrí una de las puertas dobles para descubrir ante ellos un gran acomodamiento. Dos buenas camas, estupenda chimenea, varias sillas, un escritorio y un baúl a los pies de la cama para que pudieran dejar sus pertenencias.

—Espero que lo encuentren de su gusto —dije volviéndome hacia ellos.

Una vez más, Declan apartó la mirada. Luego asintió, y dio órdenes a su amigo de dejar el baúl cerca de la ventana. Se acercó a ella y oteó el exterior. Ese dormitorio daba a la parte lateral, a los jardines y, más allá, al mar.

—He pensado que las vistas serían de su agrado. —Y no pude evitar decir lo siguiente, aunque después me arrepentí por miedo a haberme excedido—: Recuerdo lo mucho que le gustaban estos jardines.

—¿Ya has estado aquí? —preguntó Robert, fascinado por el lugar.

—Sí —musitó él—. Hace mucho tiempo. En otra vida.

En otra vida...

Aquellas palabras se me clavaron profundas. Los recuerdos que tenía de mí pertenecían a otra vida, al parecer. Ese era el lugar en el que me había puesto. Agaché la mirada, algo compungida. Incapaz de seguir allí un segundo más, pues los recuerdos me habían golpeado, dije:

—La cena se sirve a las seis.

—Cenaré aquí si no le importa —dijo Declan—. Algo de pan y queso estará bien.

Él ni siquiera quería sentarse a la mesa conmigo. Era ya una extraña para él.

—Por supuesto. ¿Y usted, señor Drew?

—No haga caso a mi amigo. Bajaremos al salón. Los dos.

Declan le dirigió una mirada de reproche de soslayo, mas no dijo nada.

—Como les he comentado, no hay criados en este momento. Les he dado unos días libres por Navidad, así que la cena será algo frugal.

—Tengo tanta hambre que me comería cualquier cosa. Hasta un gato asado.

Aquello me hizo arrugar la nariz, pero le contesté con buen humor.

—¿Debería hacer recuento de gatos cuando se marche, señor Drew? —dije con gesto divertido.

—Debería —bromeó él también.

Nos dirigimos una sonrisa que me calmó un poco; sin embargo, Declan no había agregado una sola palabra a nuestra conversación. Sin duda me detestaba. Decidida a dejarlos solos de una vez y a casi salir corriendo para huir de la sensación que estar allí me despertaba, me despedí de ellos.

—Nos vemos a las seis, señores —dije.

—Hasta las seis. —Robert me despidió con ánimo.

—Adiós —dijo Declan con voz seca.

Con una punzada de dolor en el pecho, dejé la estancia y casi corrí hacia mi dormitorio. Una vez dentro, cerré la puerta como si así pusiera una defensa entre lo que había fuera y yo y apoyé la espalda en ella, soltando un largo y angustiado suspiro. Escuché entonces un ladrido fuera y, cuando abrí, hallé a Heughan sentado sobre sus patas traseras al otro lado. Me miraba con un gesto curioso y pronto se lanzó a rodearme, frotándose con los bajos del vestido.

—Ay, Heughan. Me siento terriblemente mal —le dije, como si pudiera entenderme.

Quizá lo hizo, porque lanzó un ladrido que me pareció que estaba allí para darme ánimos. Lo acaricié y, a punto de quebrarme en lágrimas, fui hacia la ventana. La ventisca seguía azotando Baileaghràid del mismo modo que la indiferencia de Declan había azotado mi corazón. Y no podía culparlo, era yo la que tiempo atrás lo había dejado de lado. La que lo había sacado de mi vida. ¿De verdad pensaba que él me querría en la suya después de todo? ¿Que, tras aquella larga ausencia, cuando volviéramos a vernos me daría un abrazo como si nada hubiera pasado? Eran fábulas en la mente de una chiquilla. Sin embargo, lo que no esperaba era sentir que yo le fuera indiferente. Que no quisiera compartir conmigo un rato en la cena, para contarnos qué habíamos hecho en aquellos años de soledad.

Me dejé caer en el filo de la cama, abatida, y así estuve largo rato, abrumada por mis sentimientos. No había servicio que pudiera ofrecer la cena, así que a las cinco no tuve más remedio que salir del dormitorio, al que había convertido en mi refugio, y bajar a las cocinas.

Con cierta maña, pues no era la primera vez que lo hacía ya que me gustaba hacerle compañía a Susan, la cocinera, corté queso, pan y recalenté un poco de carne estofada. Lo serví todo en varias bandejas y lo llevé, en primer lugar, al cochero y su lacayo, que me dieron las gracias profusamente. Dejé el resto de la cena preparada, cerca del fuego para que no perdiera calor, y me dispuse a prepararme. Elegí un vestido sencillo pero apropiado para una velada así, en tonos negros con algunos toques de lila. Estaba dejando el luto por la muerte de mis padres poco a poco.

Hacía mucho que no tenía invitados a la mesa y estaba nerviosa. Más aun sabiendo que uno de ellos era Declan O’Rilley... el amor de mi vida. ¿Cruzaría alguna palabra conmigo durante la cena o se quedaría callado como hasta entonces? Al menos estaba su amigo allí para animarnos.

Me pregunté si aquella noche confesaría cosas sobre su vida que me dolerían. Como que estaba casado y tenía unos cuantos pequeños a los que darle su amor. Me pregunté cómo sería su esposa y si se parecería en algo a mí. Me pregunté si lo haría tan feliz como yo podría haberlo hecho. Y aunque me doliese, pensé que sí. Me lo imaginaba teniendo una vida feliz viviendo en una coqueta casa campestre, pero cerca de alguna gran ciudad. Lo imaginaba escribiendo todos los libros que siempre había soñado escribir. Sabía de buena tinta que los había publicado y que era un escritor de renombre.

Declan O’Rilley no era ya un muchacho cualquiera. Se había convertido en un hombre de gran fama, y yo... Yo no era más que la sombra de lo que fui.

Capítulo 2

Declan

—¿Se puede saber qué te pasa con lady Meribeth?

Cuando mi amigo me lanzó aquella pregunta, mientras sacábamos las prendas del baúl para estirarlas, miles de respuestas pasaron por mi cabeza. Pero muchas de ellas eran solo dictadas por el rencor y no por la razón. Y solo había una que fuera verdad y que pudiera erigirse sobre las demás. Aún la amaba. A pesar de todo el daño, al volverla a ver, los sentimientos que un día me despertó habían regresado con fuerza, como si nunca se hubieran marchado. Como si esos siete años que yo había pretendido llenar de olvido no significasen nada. Amaba a Meribeth como el primer día, pero una parte de mí, quizá marcada por el orgullo, se negaba a reconocerlo.

—Meribeth es la mujer de la que te hablé.

—¿La que te rompió el corazón? —preguntó frunciendo el ceño.

Asentí con rapidez. Meribeth había sido muchas cosas para mí, pero esa era una de ellas. Era la responsable de lanzar mi corazón al mar y ahogarlo.

Mi amigo se acercó hasta mí y colocó las manos sobre mis hombros mirándome con cierta tristeza en los ojos. Le había hablado de mi historia con Meribeth, aunque nunca le había revelado su nombre ni quién era. Me había escuchado en los peores momentos de soledad, cuando incluso después de muchos años de separación aún la añoraba. Se había dado cuenta de que algo no andaba bien en mí cuando rechazaba a todas y cada una de las mujeres que se me acercaban, independientemente de su clase, condición, su color de pelo o su forma de ser, y es que todas me parecían insuficientes al lado de ella. No podía dejar de pensar en ella a pesar de los años.

Robert había aprendido pronto a entenderme. Había aprendido a comprender que no me arrojaría en los brazos de cualquier mujer solo por mandar a Meribeth al olvido. Él había sido mi refugio en las peores de mis tormentas. Robert estaba ahí siempre que lo necesitaba; y, por eso, en aquel momento en el que sentí que mi vida entera se derrumbaba, su compañía era el abrazo que más me hacía falta.

—De todos los lugares del norte de Escocia, hemos tenido que venir a parar al castillo de la mujer que te rompió el corazón. Si lo pones en una novela nadie se lo creería.

Sonreí fugazmente. Robert tenía razón. Había sido un hecho totalmente fortuito y extraño que nuestro carruaje encallase justo frente al castillo que tantas otras veces recorrí y en el que tantos recuerdos guardaba. Cuando la ventisca me había dejado ver sus altas almenas, apenas podía

creerlo. Sin embargo, allí estaba, como un vigía en medio de esa fuerte tormenta. Un vigía atemporal que atesorase los buenos momentos y los malos que un día viví junto a ella. Cierto era que íbamos hacia Baileaghràid, el hogar de mi infancia, y sospechaba que en algún momento Meribeth y yo íbamos a reencontrarnos; no obstante, no auguraba, ni mucho menos, que acabaría durmiendo bajo su mismo techo por uno de esos caprichosos giros del destino. Me sentía tan agradecido como crispado. Completamente turbado.

—Te has comportado con ella de un modo un tanto frío —dijo entonces Robert.

Me deshice de sus manos y caminé hacia el ventanal. La ventisca de nieve seguía impidiendo a la vista ver más allá de poca distancia, pero podía sentir la fuerza del mar desde donde estaba. Podía ver, aunque fuera un poco, aquellos jardines en los que tantas veces paseamos, ahora nevados.

—No he sido frío. He sido educado.

—Y frío. —Robert se situó junto a mí—. Esta ventisca, a tu lado, es un baño de agua caliente.

—Qué exagerado eres... —musité, sin despegar la vista de los jardines. Por un momento, pude vernos a Meribeth y a mí allí, jugando a perseguirnos entre los parterres. Dedicándonos una sonrisa cómplice, un gesto que decía mucho más que cualquier palabra—. ¿Qué pretendías que le dijera?

—Que te alegrabas de verla. No sé.

—¿Le dirías eso a la persona que te rompió el corazón?

—Si la siguiera amando, como es tu caso, sí —lanzó él, acertadamente.

Sin embargo, yo me sentía demasiado herido como para actuar de otro modo.

—No es que la siga amando —mentí—, es solo... que la recuerdo mucho.

—Si aún no has hecho el equipaje es porque quieres permanecer en ese lugar.

—Si aún no he hecho el equipaje es porque aquello me dolió y el corazón tiene memoria.

Robert frunció los labios con disgusto.

—Convéncete de lo que quieras, querido amigo, pero tus sentimientos por ella siguen siendo tan fuertes que, con tal de no reconocerlos, la tratas como a una extraña.

—Escúchame, Robert, yo nunca quise que lo fuera —dije muy serio—. Pensaba estar con ella el resto de mi vida. Fue ella la que me situó en esa posición de extraños. Ella lo quiso. Y yo no voy a llevarle la contraria a una dama.

Mi amigo me evaluó con la mirada por unos instantes y después sacudió la cabeza.

—Solo digo que ahora tienes una nueva oportunidad con ella. El destino te ha puesto aquí por algo.

—Sí, para que no olvide el daño que me hizo. Para que me haga más fuerte todavía.

—No creo que sea ese su propósito. Pero quizá solo sea cuestión de tiempo que te des cuenta. No obstante, te pido por favor que en la cena te comportes de una forma más cortés o te tiraré el vino por la cabeza.

Me hizo reír por un instante.

—Lo intentaré.

Apretó mi hombro y después volvió al baúl para elegir qué ropa ponerse. Mientras se la probaba, dijo:

—¿Ella vive sola aquí?

—Supongo que sus padres estarán de viaje.

—¿En Navidad?

—Les gustaba pasar largas temporadas en Bath o en Londres.

—Pero ella se habría marchado con ellos, ¿no?

—No lo sé. Quizá se sintió enferma cuando se marcharon y por eso se quedó. Meribeth es propensa a los enfriamientos. O lo era.

La imagen de ella recostada en la cama durante días mientras yo le leía alguna novela llegó a mi mente con nitidez, haciéndome sonreír. En los momentos más cotidianos es donde el amor queda probado. Y nosotros tuvimos muchos de esos momentos.

—¿Por qué sonríes así? —preguntó mi amigo.

Giré la cabeza y vi que Robert me miraba ceñudo.

—Solo... recordaba —musité, y luego lo miré de arriba abajo. Se había puesto sus mejores galas—. ¿Eso vas a llevar a la cena?

—Vamos a cenar con una dama, por supuesto que sí. ¿Hija de un... marqués?

—Un conde —anoté—. El conde de Eilean Mo Chridhe.

Detestaba a ese hombre altanero. Él me había separado de ella. Él y su insufrible mujer, tan dados a las apariencias.

—A juzgar por el gesto de tu rostro, no lo tenías en alta estima.

—Es un hombre insoportable y me alegro de que no esté aquí. Espero que se halle bien lejos, a millas al otro lado del océano.

—Ahora siento una gran curiosidad por conocerlo —dijo mi amigo, seguramente por hacerme rabiar—. Me encantan los hombres insoportables, siento el extraño deber de redimirlos. Como haré contigo.

—¿Yo soy insoportable?

—Hoy te has comportado un poco como si lo fueras.

Fruncí el ceño.

—Ya te he dicho que...

Me interrumpió.

—Sí. Ya sé lo que me has dicho. Es la mujer que te rompió el corazón, pero también es la mujer a la que amas. Quizá va siendo hora de dejar el pasado atrás y centrarse en el presente. Cerrar esa herida que tanto te lastima.

—¿Cerrarla? ¿Acaso es eso posible? La siento tan profunda que me llega hasta el alma.

—Pues tendrás que hacerlo. Tal vez por eso Dios nos ha puesto aquí en este momento, para que la cierres para siempre.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Que hables con ella.

—¿De nuestro pasado?

—No. Ese asunto mejor ni tocarlo. De vuestro presente. —Se estiró la levita mirándose en el espejo de pie—. Quizá hablando resolváis vuestras cuitas.

—O quizá solo consigamos agrandarlas más.

Se burló de mí repitiendo mis palabras con tono infantil. Me dieron ganas de tirarle algo a la cabeza.

—Robert, yo... Yo no sé si soy capaz de hablar con ella de una forma normal después de lo que sucedió.

—Eres capaz de eso y más. Imagínate que esta fuera una de tus novelas y los personajes se reencontrasen después de mucho tiempo.

—No somos personajes de un libro, somos personas de carne y hueso. En las novelas todo es más fácil.

—No le diría algo así al conde de Montecristo. Que todo fue más fácil que en la vida real.

—El conde de Montecristo urdió una venganza sin igual. ¿Sugieres que haga lo mismo?

—Otro amigo con más maldad que yo quizá te diría eso. Que hicieras que ella cayera a tus pies de nuevo y luego tú la abandonases, pero entonces te dejaría de hablar porque me parecería un acto lleno de mezquindad con el que no comulgaría, así que... solo te pido que intentes ser su amigo en los días en los que estemos aquí.

—Que espero sean pocos. —Giré de nuevo la cabeza hacia el ventanal. A juzgar por la cantidad de nieve que caía, el clima iba a llevarme la contraria.

—Vamos, Declan, es Navidad, la época perfecta para llevar a cabo actos de humanidad.

—¿Aunque duelan? —suspiré.

—Sobre todo si duelen —dijo resuelto—. Vístete, que son casi las seis, y odio la impuntualidad.

—Lo sé. No tardaré mucho. ¿Qué me pongo?

—Lo mejor que tengas en tu equipaje.

—¿No será excesivo?

—No me rechistes más y hazme caso. Esa mujer ha de verte impecable esta noche. Ya sea para morir de amor o de pena por haberte perdido.

No sabía cuál de las dos cosas quería que sucediera. Cedí y busqué mi mejor ropa. Una elegante levita en color oscuro, del mismo tono que los pantalones. Zapatos y perfecto corbatín. También usé un poco de perfume de pachulí, que había comprado en mi estancia en Londres unos meses atrás. Allí mis novelas eran muy aclamadas y a menudo visitaba la ciudad. Mi amigo terminó de arreglarse también y, cuando estuvimos listos, bajamos al salón.

Muy espacioso, estaba igual que lo había visto la última vez. Con una gran mesa presidiendo la parte central, frente a una enorme chimenea, techos altos con vigas de madera, amplios ventanales con vidrieras y muchos retratos de sus antepasados. Había también algunas alfombras, traídas seguramente de lugares lejanos, pues al conde le encantaba visitarlos.

Meribeth ya nos estaba esperando y, al verla, contuve el aliento. Estaba tan hermosa con aquel vestido oscuro, y las joyas que lucía no hacían más que enaltecer su belleza. Apenas había cambiado en esos años y conservaba aún la juventud en el rostro. Eso solo enardecía más los recuerdos que de ella tenía y me transportaba a tiempos felices. Junto a ella estaba Heughan, su querido terrier, que alzó las orejas en cuanto nos vio y vino a saludarnos.

—Buenas noches —dijo ella, con una gran sonrisa, mientras acariciábamos al perro, alegres por su recibimiento.

Al momento correspondí su saludo y me atreví a no evitar su mirada, tal y como había hecho cuando nos recibió.

—Espero que hayan encontrado de su gusto la alcoba.

—Un alojamiento excelente —dijo mi amigo, que después me miró con insistencia.

—Sí, desde luego —agregué.

—Ocupemos la mesa, si les parece bien. —Meribeth nos invitó a sentarnos con un gesto de mano.

Además de un sinfín de viandas había tres platos dispuestos, dos colocados en los extremos; y uno, el centro. Mi amigo se ubicó en la última posición, seguramente para provocar que ella y yo no tuviéramos más remedio que estar frente a frente presidiendo la mesa. En el rostro de Meribeth se dibujó una fugaz sonrisa mientras me miraba. Sin poder evitarlo, surgió otra en el mío, que me esforcé por ocultar.

Una vez acomodados, al calor del fuego y de las muchas velas que amenizaban la estancia, ella dijo:

—Espero que la comida sea de su agrado, y siento no poder ofrecerles nada mejor.

—Somos viajeros perdidos que han encontrado refugio en medio de la tormenta. Yo diría que no hay nada mejor que esto. ¿Verdad, Declan? —Robert dio un trago al vino mientras me miraba.

—Por supuesto. —Levanté mi copa—. Brindo por su hospitalidad, milady.

Ella miró por un instante a Heughan, que se había acomodado junto al fuego hecho un ovillo, y luego dijo:

—Nunca he sido muy amiga de tan altas distinciones, se me hace extraño ser llamada así.

Ya en la puerta, cuando llegué, me había chocado oírla decir su título y que no me corrigiese al presentarla así, porque eso significaba que no se había casado. De haberlo hecho se la nombraría de una forma diferente. Y sentí alivio, por alguna razón, una vez más.

—Solo soy una muchacha con la fortuna de pertenecer a una gran familia y de morar entre los muros de un castillo, pero en el resto, no me diferencio de las demás —añadió ella—. Sírvanse a su gusto, por favor.

Robert tomó una bandeja a rebosar de verduras y puso unas cuantas en su plato para después pasármela. Siguió rellenándolo con carne y no tardó en dar el primer bocado y felicitar a Meribeth.

—Está exquisito. ¿Lo ha cocinado usted?

—No. —Rio ella, y su risa me evocó las tardes de verano a su lado—. No tengo la menor maña como cocinera. La señora Susan lo ha dejado todo preparado para mí. La despensa está a rebosar.

—Me alegra saber que estamos aquí atrapados con abundante comida.

—Disculpe a mi amigo. Le encanta comer. Ponga un plato de carne bien asada ante él y le venderá su alma al Diablo.

—Es uno de mis mayores pecados —dijo Robert—. Todos tenemos alguno por ahí.

Meribeth y yo nos miramos. Había pecados entre nosotros que no nos atreveríamos a decir en voz alta, pues, cuando estuvimos juntos, rompimos cualquier norma del decoro excediéndonos en asuntos carnales. Pero yo la amaba tanto y estábamos tan convencidos de que pasaríamos la vida juntos...

La dama bajó la mirada, comió un poco y luego dijo volviendo a mirarme:

—A usted también le gustaba comer, si mal no recuerdo.

Asentí, mientras degustaba la carne, ricamente condimentada con algunas especias. Se hizo un silencio confortable, roto solo por el ruido de los cubiertos y las copas. Estaba bebiendo más de la cuenta, quizá por difuminar la realidad con una pátina más soportable. ¿Cómo podíamos estar sentados a la misma mesa y hablar con tanta distancia, después de todo?

Robert terminó por romper ese silencio.

—¿Su linaje es muy antiguo? —preguntó.

—El título de conde no lo es tanto, pero sí mi apellido. Los míos han sido señores de su clan desde tiempos inmemoriales.

—Ah... Un clan, qué romántico. Dígame, ¿siguen un puñado de hombres aguerridos teniendo que rendir pleitesía a los suyos?

—Si me está preguntando que si un montón de McFàrach acudirían a prestarnos auxilio si algo nos amenazase, la respuesta es sí.

—Me encanta. Todos esos hombres, prestos a la batalla. Yo no sería capaz de empuñar ni una espada de madera.

—¿A qué se dedica usted? Si puedo preguntarle.

—Trabajo en un periódico. —Robert le dio el nombre de este y ella lo miró sorprendida—. Parece que lo conoce.

—Mi padre lo manda traer de Edimburgo —dijo con entusiasmo, aunque al punto el gesto se le turbó—. Lo mandaba...

Robert y yo nos miramos, notando por el mohín de ella que algo no iba bien.

—¿Ya no le interesa nuestra publicación? —se aventuró a preguntar él.

—No es eso. Es que murió hace ya casi dos años. En un accidente con el carruaje. —Hizo una pausa llena de amargura a la par que soltaba los cubiertos y escondía las manos tras el mantel. Se las miró y luego dijo—: Se lo llevó a él, y también a mi madre.

El ambiente se oscureció ante tal confesión y hasta la ventisca pareció hacerse más fuerte. Comprendí ahora por qué llevaba un atuendo tan oscuro, con tonos lila. Estaba saliendo del luto.

—Lo siento mucho —dije, buscando la mirada de Meribeth. Detestaba a su padre, pero eso no significaba que me alegrase de su muerte.

Ella me miró como si no me creyese. Sabía de mis sentimientos por él. Cuando me dijo que no podíamos estar ya juntos, siete años atrás, que su padre no consentía ya nuestra unión, pinté su nombre con el fuego del odio y ella era consciente de ello.

—Lo digo de corazón —agregué.

Nuestros ojos quedaron fijos en los del otro por unos instantes, y ese ambiente oscuro que se había instalado se diluyó un poco. Como si fuéramos dos soles tratando de ganar a las nubes en una competición en los cielos. Me hizo bien que me mirase así, sin un reproche aparente. Sin un mal juicio en su alma hacia mí. Me pregunté entonces si era posible que ella me siguiera amando también y si nuestro fortuito encuentro no sería una bendición después de todo. Ahora que sus padres no estaban... ¿sería ella libre de elegir?

—Gracias, sir Declan —pronunció con suave voz, y después esbozó una leve sonrisa.

Imité su gesto, con dulzura, y, tras un silencio, Robert también le dio el pésame, que ella recibió con amabilidad.

—¿Y su hermano? —pregunté entonces.

—Se encuentra bien, gracias.

—¿Puedo preguntarle cómo es que no ha venido aquí a pasar las fiestas? —Quiso saber Robert.

—Está con la familia de su esposa, en Glasgow. Mi sobrino ha cumplido tres años y a los padres de la dama les hacía ilusión que lo celebrase con ellos.

—Pero la ha dejado sola —dije con tristeza en la voz.

—La soledad es algo que he aprendido a soportar, sir Declan.

Me miró entonces con el gesto apenado, con un océano insondable de sentimientos en la mirada. Pareció que iba a decirme algo; sin embargo, calló, volviendo la mirada al plato.

—Aunque la soledad no es la mejor compañía en días tan fríos, ni tan especiales, desde luego —dijo después volviendo a mirarme—. A mi madre le encantaba la Navidad. Siempre había un gran árbol lleno de adornos en el salón. Ni el de la mismísima reina Victoria se le podía comparar.

Miré hacia una esquina, rememorando las Navidades en las que estuvo allí ese árbol del que ella hablaba. Vibrante de luces y de color, con grandes lazos rojos como guirnaldas y una estrella

enorme en la más alta de sus ramas. Su padre siempre escogía un buen ejemplar para su esposa, y ella agradecía ese gesto mandando cocinar los dulces más exquisitos y trayendo un coro para que cantase villancicos. Qué diferentes eran las Navidades de Meribeth sin ellos. Sentí pena por ella y, por un momento, unas fuertes ganas de abrazarla, que diluí en un largo trago de vino.

—Mañana mismo cortaremos un árbol para usted. ¿Verdad, Declan? —Mi amigo miró hacia la ventana—. O cuando la ventisca nos deje.

—Eso es demasiado. No querría importunarlos.

—No será molestia. Mi querido amigo Declan tiene buenos brazos para empuñar un hacha y seguro que se hace con un gran ejemplar.

—Soy leñador en mi tiempo libre —bromeé. Me alegré de haberlo hecho al ver de nuevo una sonrisa en el rostro de ella.

Meribeth llevó la mirada hacia mis brazos y al momento, un poco sonrojada, la retiró para clavarla en el plato. Aquello me provocó ciertas cosquillas en el estómago, pues fue como volver a los primeros días en los que nuestro amor aún no se había confesado. Esos días en los que las miradas eran todo lo que teníamos para declararnos lo que sentíamos.

—Como quieran. Pero, por favor, que ninguno acabe herido —dijo ella finalmente.

—Somos hombres de mundo, lady Meribeth, nos hemos enfrentado a las peores tempestades.

—Desde luego, si han decidido viajar al norte de Escocia en pleno invierno. Díganme, ¿puedo saber lo que los ha traído hasta aquí? Hasta donde sé, la familia de sir Declan ya no reside en Baileaghràid.

Robert me miró, esperando que fuera yo quien hablase, mientras daba un trago a su copa. Se dispuso a comer al tiempo que yo le revelaba a Meribeth los motivos de nuestro viaje y me escuchó con atención.

—Mi amigo es periodista y está escribiendo un libro sobre los faros más pintorescos de Escocia. Le conté que en Baileaghràid teníamos uno precioso, envuelto en una peculiar leyenda.

—Leyenda que aún no has querido contarme —dijo Robert entre bocado y bocado.

—Estaba esperando a enseñarte el faro para hacerlo. Quería que te sintieras más inmerso en ella.

—Sir Declan es bueno contando historias —dijo entonces Meribeth—. Sospecho que quedará usted más que satisfecho cuando se la narre.

—Gracias, lady Meribeth.

—¿Ha leído alguna vez algo suyo? —le preguntó mi amigo.

—Alguna vez —dijo ella.

Entre nosotros hubo de nuevo una mirada significativa, un vaivén de olas en calma. Le sonreí, feliz porque hubiera leído alguno de mis escritos, y le di las gracias.

—No tiene por qué darlas, he disfrutado mucho con sus aventuras.

—Es un gran escritor. Uno de los mejores que ha dado Escocia —anotó mi amigo, que después se dirigió a mí—. Tienes que hablarle a lady Meribeth de cuando estuviste con la reina Victoria y le dedicaste un ejemplar. Ya sabe que lo nombraron caballero. Sir Declan O’Rilley, caballero de Su Majestad.

Me puse algo sonrojado. No me gustaba pavonearme de mis logros, pero Robert siempre presumía de ellos delante de todo el mundo.

Meribeth me miró con los ojos llenos de felicidad. Fue una mirada breve pero significativa, que colmó mi alma. Después bebió despacio de su copa y comió en silencio mientras Robert le narraba lo acontecido en mi audiencia en la corte.

—Incluso nos invitó a visitarla a Balmoral si es que Declan escribía un nuevo libro.

—¿Y lo ha hecho? —Quiso saber ella.

—Hace tiempo que no escribo. Me temo que mi fuente de imaginación se ha agotado. Por eso quise acompañar a mi amigo en su viaje, para ver si la hallaba de nuevo.

—Espero que la encuentre pronto.

Asentí a las palabras de la dama y, por el rabillo del ojo, vi que mi amigo nos miraba con cierto gesto pícaro. O había bebido de más o algo tramaba. Charlamos un poco más sobre la reina y las muchas cosas que había hecho durante su reinado, y el fuego de la hoguera se fue consumiendo a la par que lo hacían el vino y las viandas. Estuve muy a gusto, compartiendo impresiones con Meribeth. Me alegraba que, después de todo, no hubiera perdido el gusto por una buena conversación. Supuse que estar con Robert también influía, que ella se mostraba más abierta porque no estábamos a solas. Me pregunté qué habría pasado de haber aparecido por el castillo sin mi amigo. ¿Me habría recibido de igual modo? ¿Habríamos cenado en aquel salón a solas? ¿Qué nos habríamos dicho? Todas esas preguntas me rondaban la cabeza mientras, entre bocado y bocado, la admiraba. El rubio de sus cabellos ya plateaba en algunas hebras y, aunque en apariencia joven, en su rostro se habían dibujado algunas arrugas. Sin duda esos años habían sido difíciles para ella. Y yo no había querido saber nada de su vida por el rencor que le guardaba. Un rencor que ahora que la miraba ya no se me antojaba tan importante. Un rencor que se había diluido con la primera de sus sonrisas.

El resto de la cena transcurrió sin sobresalto alguno, envueltos en una atmósfera cálida y amable, pues la conversación no dejó de fluir. Pasada ya la media noche, acordamos retirarnos a descansar.

—Si los caballeros quieren tomar alguna copa antes de dormir, los acompañaré al salón pertinente —ofreció Meribeth.

—Se lo agradezco, pero mejor mañana. El día ha sido agotador —dijo mi amigo, a lo que yo asentí.

—Como gusten. —Sonrió afable—. Siento no tener servicio a su disposición, me temo que tendrán que apañárselas solos en la alcoba.

—Creo que todavía sé quitarme una camisa, no se preocupe —bromeó Robert—. Y mañana, lady Meribeth, no se moleste en preparar a solas el desayuno. Iremos a la cocina y lo prepararemos con usted.

—Eso es un despropósito —dijo escandalizada—. Son mis invitados. No podría consentir que pisasen la cocina.

—Pues tendrá que poner una verja de hierro para guardarla, porque yo mismo freiré unos huevos.

—Robert, por el amor de Dios —regañé—. ¿No ves que la estás incomodando?

—No. No es eso... —Meribeth se mostró tímida—. Es que me gustaría que su estancia aquí fuera de lo más agradable.

—Y lo será, siempre y cuando nuestra anfitriona nos deje demostrarle que también podemos hacer cosas por ella —dijo mi amigo—. ¿No es así, Declan?

Suspiré. Robert era obstinado como una mula.

—Así es.

—No se hable más, entonces. Mañana prepararé yo el desayuno.

Ella asintió, aunque a regañadientes, y después nos dio las buenas noches.

Meribeth tomó un candelabro y, con su inseparable perro a la zaga, ascendió despacio las

escaleras, sujetándose los bajos del vestido con la otra mano. Me fijé en su talle, un poco más ancho que en sus años de juventud, pero igualmente sugerente. Retuve a mi imaginación de volar más allá. Ella giró el rostro un segundo y me encontré con sus ojos de frente. En esa última mirada que nos proferimos aquel día hubo un anhelo velado que supe leer. Las ganas de permanecer un poco más al lado del otro, de preguntarnos un sinfín de cosas.

No sabía cuántos días estaría allí, pero estaba seguro de una cosa: mis sentimientos por ella, a pesar del tiempo y las cuitas, no habían cambiado, y si volvía a mirarme así corría el peligro de caer irrevocablemente a sus pies. ¿Haría algo por evitarlo o me lanzaría de cabeza al dulce mar de sus ojos?

Ya en la habitación, metidos en la cama y a punto de caer dormidos, Robert dijo:

—Me gusta lady Meribeth. Si no la cortejas tú, lo haré yo.

Supe, por su tono, que estaba de broma. No se le ocurriría hacer nada semejante.

—¿Y qué harías para cortejarla, a ver?

—Hablar mucho con ella. Parece que le gusta conversar.

—Sí, a Meribeth le encanta hablar. Cuando éramos niños se nos pasaban las horas hablando. Ideando historias con cada cosa que veíamos. Hasta en la más pequeña flor ella advertía un símbolo. Y ni hablar de cuando una nube con aspecto curioso surcaba sobre nuestras cabezas. Meribeth hasta les ponía nombre.

—Tu voz suena diferente cuando hablas de ella —dijo con voz soñadora.

—Es que significó mucho para mí.

Robert se puso de costado. Giré la cabeza y lo miré. A la exigua luz de una vela, sus rasgos se veían poco definidos, misteriosos. Su gran nariz dibujaba una larga sombra sobre su rostro.

—Quizá deberíais daros una nueva oportunidad ahora que sus padres no están.

Pensé en ello detenidamente. A ratos lo que había pasado todavía me dolía y, aunque sentía que la amaba, no sabía si era capaz de perdonarla. De dejar atrás el hecho de que hubiera escuchado antes a su familia que a su corazón.

—Puede que sus padres ya no estén, pero sí su hermano.

—Me parece terriblemente egoísta que la deje sola, por más compromisos que tenga que cumplir. Es Navidad, por el amor de Dios. No entiendo cómo no está aquí con ella, en estas fechas tan señaladas. Es muy triste. Yo no podría pasar unas navidades solo.

Robert, después de decir esto, se encogió de hombros y se tumbó bocarriba. Soltó un largo y gran bostezo, señal inequívoca de que sus fuerzas estaban llegando a su fin.

—Dejemos ya la charla —le dije, también por mí, porque no quería darle más vueltas al asunto de Meribeth. Eran demasiadas las sensaciones que me despertaba—. Te has comprometido para hacer un desayuno y tendrás que madrugar.

Mi amigo ya no dijo nada. Estaba dormido como un tronco. Sonreí, mirándolo de reojo, y después me acomodé. Esa mañana, cuando habíamos cogido el carruaje, jamás habría imaginado que acabaría durmiendo en Eilean Mo Chridhe, el lugar donde había pasado los momentos más felices de mi vida, y también los más amargos.

Capítulo 3

Meribeth

Cuando bajé al recibidor, después de asearme y vestirme, nerviosa con qué vestido lucir pues iba a encontrarme con Declan en algún momento, me topé con un agradable olor a pan tostado, huevos y salchichas. La puerta del salón comedor estaba abierta y escuché el ruido de la cubertería al posarse sobre la mesa. Cuando aparecí, contemplé una estampa peculiar. Declan y Robert vestían la mesa, parcialmente llena ya de las viandas que desprendían tan rico olor. En cuanto me vieron, el primero se irguió como una vela; el segundo vino hacia mí con andares animados.

—Buenos días, lady Meribeth, hemos preparado un banquete especial para nuestra anfitriona.

—Parece que se las han apañado bien en las cocinas —dije, observando los humeantes manjares.

—Puede contratarnos como cocineros si quiere —dijo Robert.

Asentí y clavé la mirada en Declan, que recibió la mía de forma directa. Esbozó despacio una sonrisa que casi hizo temblar mis piernas de lo hermosa que era.

—Buenos días, lady Meribeth. —Apartó una silla galantemente para que pudiera sentarme—. Espero que disfrute del desayuno.

—Con tan buena compañía sería raro que no lo hiciera —dije sonriendo también.

Mientras tomaba asiento, lo tuve más cerca que nunca. Sentí el calor que desprendía su cuerpo y el perfume que emergía de sus muñecas. Todavía llevaba el pelo algo húmedo, peinado hacia atrás, y olí el jabón que había usado, con un poco de romero y lavanda. Él siempre olía bien, daba igual lo que hiciese. Era parte de su naturaleza. Nerviosa por su cercanía, tomé aire, y no pude soltarlo hasta que no ocupó su asiento frente a mí, en el otro extremo de la mesa. Su amigo, como la noche anterior, se sentó en el centro. Por el rabillo del ojo percibí que nos miraba con media sonrisa divertida. Después, se frotó las manos y dijo:

—Demos buena cuenta del desayuno o se enfriará.

El té y la leche fueron servidos; las bandejas fueron pasando de mano a mano y los platos llenándose. Pronto lo hicieron también los estómagos mientras iniciábamos una animada conversación.

—Tengo curiosidad por saber cómo se conocieron —pregunté, después de degustar un exquisito bocado de salchicha.

Declan no tardó en hablar.

—Lo conocí en una noche en una velada en Edimburgo en uno de esos lugares llenos de gente.

—En los que realmente te sientes solo —anotó su amigo, a lo que Declan asintió.

—Desde entonces nos hemos hecho grandes amigos —continuó diciendo—. Él también escribe, aunque lo hace para un periódico, como ya sabe, pero los dos compartimos la misma pasión por la escritura.

—Soy el primero en leer todos sus libros.

—Y el primero en ofrecerme una crítica negativa si es necesario —anotó Declan.

—Dudo que usted reciba muchas de esas —comenté—. Todo lo que he oído acerca de su persona son alabanzas.

—¿Y usted qué opina? —me preguntó Robert con cierto gesto suspicaz.

—Que tiene talento. Y el talento es un don innato con el cual se llega a alcanzar la perfección por medio de la práctica.

Declan esbozó una sonrisa agradecida.

—Eso mismo pienso yo. Hay que practicar mucho. Y hablar —dijo Robert—. Anoche me di cuenta de que a usted le gusta conversar y Declan me lo confirmó diciéndome que siempre gustó de una buena conversación.

—Así que hablaron de mí en mi ausencia... —Los miré con gesto perspicaz a la par que divertido, pues no me había molestado.

—Solo acerca de sus muchas virtudes.

Me pregunté qué le habría contado Declan acerca de nosotros. Siendo tan buenos amigos, seguro que lo había puesto al corriente de lo que un día hubo entre nosotros y de cómo terminó abruptamente.

—Si van a hablar de mis defectos, espero que lo hagan frente a frente. Soy de esas personas que saben aceptar sus propias faltas.

—¿Y cambiarlas? —preguntó Robert.

Declan, por la forma en la que lo miró, a caballo entre el reproche y la sorpresa, debió de sentir que en parte eso iba por lo que había pasado entre nosotros. Aupada por un arrojo que no sé de dónde salió, dije:

—Si no es tarde para ello, sí.

—Nunca es tarde para obrar conforme al corazón, querida señorita. Nunca.

Sospeché que, de haber tenido vino, habría levantado su copa para brindar. Asentí a sus palabras y luego miré a Declan. Sus ojos estaban clavados en el mantel, pensativo. Y yo quería saber en qué pensaba.

—¿No opina usted lo mismo, sir Declan?

—Creo que... —musitó—. Creo que depende de cuáles fueran los defectos y a qué agravio arrojasen al corazón.

Y entonces, posó la mirada en la mía con la fuerza de una ola brava. No supe interpretar qué sentimiento había en sus ojos en ese instante, porque se habían revestido de una fuerza enigmática, como si estuvieran hechos de un lenguaje que aún no comprendiese. Quizá, por miedo, pensé que era reproche. Tal vez incluso despecho.

—Los defectos de alguien que ha cometido errores en su juventud —solté, sin pensarlo demasiado.

—Excusarnos en la juventud es un mal endémico —dijo él, y sentí cierto dolor al oírlo—. Hay muchas muchachas jóvenes que no cometen errores. Que saben escuchar a su corazón cuando este se lo pide.

—Quizá para otras el ruido del exterior sea ensordecedor y no sean capaces de oír más allá.

—Quizá... —murmuró él, y bajó de nuevo la mirada a su plato.

Se hizo un largo silencio, incómodo, lleno de cosas que no se decían. Estaba claro que esas palabras eran por y para mí. Estaba claro que él seguía odiándome después de todo y que solo era cortés porque se trataba de mi huésped. Casi tuve ganas de llorar. Tuve que hacer un esfuerzo inmenso para no hacerlo. Les dirigí una sonrisa educada a ambos, sobre todo a Robert, que se había quedado mirándonos algo aturdido. Finalmente, fue él quien habló:

—Creo que hoy también tendremos ventisca. ¿Les parece si jugamos unas cartas para pasar el rato? —terció para destensar el ambiente.

—Desde luego. —Seguí sonriendo, aunque por dentro me estuviera haciendo pedazos—. Dígame, ¿sus mozos han comido? ¿Están cómodos? No me gustaría que estuvieran pasando frío.

—Les he servido un desayuno igual de estupendo. Tendrán energía para ir a buscar el carruaje si es que el día da tregua.

Quería tanto ese momento como sabía que lo detestaría una vez que llegase, pues, a pesar de todo, a pesar de sus palabras y de su forma de mirarme, me gustaba tener a Declan cerca después de tanto tiempo.

Tras el desayuno, recogimos todo juntos y me dispuse a hacerles una visita por el castillo. Fue inevitable, en algunos rincones, que los recuerdos entre Declan y yo surgiesen, pues había muchos de esos lugares en los que un día estuvimos juntos. Visitamos la fastuosa biblioteca, de paredes revestidas de madera oscura, grandes alfombras y un sinfín de estanterías y obras de arte por doquier. Cerradas con cristalera para preservar mejor los libros del polvo, iban de suelo a techo, siendo muy altas. Una escalera corrediza, instalada no hacía mucho, ayudaba a llegar a los de más arriba.

Tuve algo de esperanza a que el rencor de Declan no fuese tan fuerte cuando dijo, mirándome con una sonrisa:

—¿Recuerda cuando la subía a mis hombros para alcanzar los ejemplares prohibidos de su padre?

—¿Ejemplares prohibidos? —dijo su amigo—. Eso suena jugoso.

Me ruboricé al recordarlo. Cogíamos a hurtadillas viejas novelas algo explícitas y las leíamos escondidos bajo la mesa, contemplando los grabados que transgredían toda norma de decoro, descubriendo escenas que más tarde se hicieron realidad entre nosotros. A mi mente llegó uno de nuestros encuentros. Fue una imagen furtiva pero tan real que me estremeció. Debí de expresarlo en el rostro, pues Robert me preguntó si estaba bien.

—Sí. Lo estoy.

Miré a Declan. Él también se había ruborizado un tanto.

—Solo eran juegos de dos jóvenes que descubren el mundo —dije después—. Pronto aprendimos que habría sido mejor no enredarnos en esas lecturas. Sabíamos demasiado.

—Nunca se sabe demasiado de esas cosas, si me permite decirlo, lady Meribeth. Uno ha de llegar al matrimonio habiendo adquirido cierta sabiduría conyugal.

Sonreí.

—Sí, para los hombres, pero a las damas nos mantienen al margen de tales asuntos.

—Hemos de preservar su prístina virtud.

Dijo aquello con un tono que me hizo reír. Sin duda el señor Drew era muy ocurrente.

—¿Está casado? —me lancé a preguntarle, guiada por una gran curiosidad.

—No he sido bendecido con el matrimonio aún. Ni tampoco nadie ocupa mi corazón. Viajo

demasiado como para que una dama quiera comprometerse con alguien como yo. Debería tener un espíritu aventurero y un afán de conocimiento sin igual.

—Existen damas así —afirmé—. Esposas de grandes exploradores.

—No lo pongo en duda. Es solo que aún no la he encontrado. ¿A usted le gusta la aventura?

—Vivo una vida demasiado tranquila como para afirmarlo.

—Antes sí le gustaba —anotó Declan, conocedor de mi pasado—. Explorábamos cuevas donde nadie había llegado.

—La exploración es de valientes, más aún cuando se hace con vestido y corsé —bromeó Robert.

—Rompí más de una enagua enganchándola en las rocas. —Reí al recordar la regañina de mi aya que me llevaba después.

Tras un momento de risas, Robert dijo:

—Ojalá hiciera mejor tiempo, saldríamos a explorar, sin duda.

—No creo que me atreviera —indiqué—. Los años nos vuelven prudentes.

—Y aburridos —anotó Robert.

Asentí a sus palabras y me fijé en que Declan cogía un ejemplar de la estantería. Era uno de sus libros.

—Son de mi hermano —dije entonces, pues era cierto—. Él es un gran admirador de su obra.

—Tengo buenos recuerdos de los días en los que lo escribí —explicó—. Caía una tormenta sin igual sobre Edimburgo cuando terminé la obra.

—¿Vive en Edimburgo o solo estaba allí de forma temporal? —pregunté.

—No. Es mi residencia habitual.

Qué cerca habíamos estado aquellos años, qué lejos a la par. La barrera que se había levantado entre nosotros había sido erigida con piedra y me pregunté si su estancia en Eilean Mo Chridhe podría vencerla. Si las horas juntos nos darían la oportunidad de vencer a los fantasmas del pasado y volver a ser buenos amigos.

—Me gusta Edimburgo. Sus calles tienen algo especial.

—Un buen empedrado —bromeó Robert, haciéndonos reír—. Fantástico para escurrirse en los días lluviosos, que son todos allí.

—¿Qué sería de Escocia sin la lluvia?

—Lo mismo que sería de nosotros sin amor. Nos volveríamos mustios y con colores poco amables —Robert dijo esto y nos miró a uno y a otro.

Capté cierta intención en su mirada y me ruboricé. Declan guardó el libro en su lugar y luego posó los dedos sobre uno de sir Walter Scott, *El monasterio*, que habíamos leído juntos. Me miró de reojo, sin llegar a cogerlo, y esbozó una sonrisa. Luego se giró hacia nosotros y dijo:

—¿Jugamos una partida de cartas? Si mal no recuerdo, lady Meribeth era buena con ellas.

—Sí. Será mejor que no apuesten nada contra mí o lo perderán.

—Pondré a buen recaudo mi reloj de bolsillo —dijo Declan y, por primera vez, me lanzó un guiño amable.

Me supo a una mínima victoria. A probar las mieles de la gloria, aunque fuera por un instante.

Nos reunimos en un pequeño salón, acomodado con una mesa junto a la ventana desde la que podíamos observar la ventisca, perfecta para encuentros así. Declan encendió la chimenea y pronto el calor del fuego hizo de la estancia un lugar más agradable si cabe. Jugamos unas manos de cartas entre risas y una buena conversación, y las horas fueron pasando, envueltos en una atmósfera feliz. Entre Declan y yo hubo alguna mirada significativa, de esas que duran más

segundos de lo apropiado, de las que despiertan una sonrisa. Me sentí en paz conmigo misma, sopesando la idea de que, después de todo, ya no me guardase tanto rencor.

A la hora de la cena, que decidimos prepararla todos juntos, la cocina se convirtió en un curioso campo de juegos. Robert nos llenó la nariz de harina a Declan y a mí, y pronto nos perseguimos unos a otros con el fin de ponernos perdidos entre bromas. Sin querer, terminé en sus brazos, mientras reíamos a carcajadas. En un fugaz instante, cesaron las risas, y se dio una mirada entre nosotros llena de complicidad, que aceleró mi corazón. Cuando nos separamos, tras un carraspeo, me fue imposible no pensar en que no estuviera todo perdido entre nosotros.

El perro corrió entre nuestras piernas, dando ladridos de felicidad, y acabó casi tirando a Robert de tan grande como era su emoción. Al final tuve que cogerlo en brazos para calmarlo; no obstante, me gustó que se comportase así con ellos, eso significaba que eran de su agrado.

Esa noche degustamos ricas verduras, compota y carne asada, y después nos acomodamos en el salón para que los caballeros tomaran un poco de whisky. Pretendía dejarlos a solas, pero Robert insistió en que los acompañara y Declan pareció cómodo con la idea. En un momento en el que él se acercó a la chimenea a mover los troncos, Robert, en un susurro, dijo algo que me cogió a contrapié:

—No entiendo cómo una mujer como usted no se ha casado aún. Apenas la conozco de poco tiempo y ya he encontrado en su interior facetas dignas de admirar.

Ya sabía de su espontaneidad, de su manera de lanzarse a decir cualquier cosa que le pasase por la cabeza, lejos de las normas que imponía la sociedad en el trato entre las personas; aun así, me quedé sin saber qué contestar durante unos segundos.

—¿Correr por la cocina llena de harina es una de ellas? —bromeé para salir del paso.

Sentado a mi lado, en un sillón, giró la cabeza un instante hacia Declan y luego asintió mientras reía.

—Sin duda. Aunque lo decía en serio.

—¿Y qué facetas ha visto en mí, señor Drew, que le parezcan dignas de admirar? —dije acariciando a Heughan, que dormitaba en mi regazo.

—La capacidad de reponerse al pasado. —Volvió a mirar a Declan—. Debe de dolerle tenerlo cerca después de todo.

Nerviosa, dije:

—No tengo más remedio. La otra opción sería arrojarlos a la ventisca, y un alma piadosa como la mía no puede cometer tales pecados contra el prójimo.

Robert sonrió fugazmente.

—¿Usted aún lo ama?

Declan, en ese instante, se irguió y se quedó mirando al fuego un momento, aún lejos de nosotros.

Pensé en la pregunta que Robert me había hecho, en lo inapropiado de esta y en cómo iba a salir de la situación sin dar una respuesta demasiado obvia. En que, sin duda, Declan lo había puesto al corriente de nuestras circunstancias, y me pregunté una vez más qué le habría dicho de nosotros.

—¿Nunca le han comentado que es un poco descarado?

—Muchas veces —dijo riendo.

Le dediqué una sonrisa amable y después clavé la mirada en Declan. Debí de hacerlo de un modo especial, porque Robert dijo:

—Diría que sí, que aún lo hace.

—¿Y qué importaría eso? —Giré la cabeza hacia él—. Es un tren que ya partió de la estación.

—Los trenes vuelven a pasar. Se llega tarde al destino, pero se llega. Y al final llegar es lo único que importa.

Lo miré por un breve instante e iba a contestar cuando Declan llegó junto a nosotros.

—¿Hablan de trenes? —dijo tomando asiento y cogiendo su copa de whisky de la pequeña mesita auxiliar que había entre los tres sillones.

—De trenes que se pierden en la vida —dije.

Declan me dirigió una mirada fugaz y luego dio un trago despacio, meditabundo.

—Una vez se pierden, se han perdido para siempre —dijo entonces, dejándome desolada.

—Pero si dejamos la estación, no podremos coger el siguiente —comentó su amigo.

—Pero ese no es el tren que estábamos esperando —rebatió Declan.

—Es otro que nos llevaría a nuestro destino igualmente, aunque sea un poco más tarde. Llegar es lo importante, ¿no? —anotó Robert—. Más allá de llegar a tiempo.

Permanecí atenta a su conversación, mirándolos a uno y a otro, y aguardé las palabras de Declan. Él tomó aire, con calma, y tras unos segundos, asintió:

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Supones? —Su amigo le dio un golpe amistoso con el puño en el hombro—. ¡Tengo razón! ¿Verdad, lady Meribeth?

Declan entonces clavó la mirada en mí, aguardando una respuesta.

—Me gusta pensar que hay oportunidades que no están perdidas del todo. Trenes que no se han marchado para siempre.

Y entonces, sonrió. Fue una sonrisa leve, pero que su mirada llenó de significado. Me hizo feliz verlo sonreír ante mis palabras. Su amigo alzó la copa de whisky y dijo:

—Por las oportunidades que regresan.

Declan repitió sus palabras, sin dejar de mirarme a los ojos, y luego bebió clavando la mirada en el fuego. De haber estado cerca de la chimenea no habría sentido tanto calor como en aquel hermoso instante. ¿Y si, después de todo, aún quedaba esperanza?

Capítulo 4

Declan

Los días de ventisca se alargaron y pasamos más jornadas de las esperadas en el castillo en compañía de Meribeth y su agradable compañero de cuatro patas, que ya era uno más entre nosotros. Eran tantas las horas que permanecimos allí encerrados que empezaban a acabársenos las ideas con los pequeños pasatiempos que nos hacían los días más cortos. Poco a poco, fui acercándome cada vez más a Meribeth, de un modo inocente, como si volviéramos a conocernos después de tanto tiempo y esa amistad que un día tuvimos se hiciera presente de nuevo. Robert y ella tenían una gran afinidad, y hablaban largo y tendido sobre un sinfín de temas. Tanto fue así que empecé a sentir una pequeña punzada en el estómago que no sabía a qué achacar y, cuando estuve a solas en el dormitorio, con mi amigo, no perdí la ocasión de hablarle de ello.

—¿Te sientes un poco celoso? —dijo él con media sonrisa, sentado al filo de la cama.

—Celoso... —murmuré, sacudiendo la cabeza, tumbado en la mía, con la mirada puesta en el techo—. En absoluto.

—Sientes que me estoy acercando a ella más de lo que lo estás haciendo tú y eso te molesta —dijo con franqueza—. Te molesta porque en el fondo sigues amándola y crees que podría robártela.

—Eres mi amigo, jamás harías algo así.

—Bueno, lady Meribeth es una mujer muy interesante. A cualquiera le agradaría su compañía. Y ya sabes que yo no tengo mi corazón en ninguna parte, ¿por qué no podría dejarlo con ella?

Esa punzada en el estómago volvió, más fuerte que nunca, al oírlo decir aquello.

—No —dije firme—. Tú y ella no...

—¿Qué? —Mi amigo me miró con interés.

Dejé la cama y me acerqué a la ventana. A pesar de que fuera el viento estaba helado, la abrí, con la necesidad de sentir un poco de aire fresco en la cara. Robert se quejó y me pidió que la cerrase. No le hice caso.

—Vamos a coger un resfriado —bufó.

—Necesito aire. —Lo tomé con ganas, llenando los pulmones—. Y la culpa es tuya.

—¿Mía? —Dejó el lecho y se colocó a mi lado, frotándose los hombros con brío—. ¿Qué he hecho yo ahora?

—Sugerir que podrías cortejarla, por segunda vez.

—Es una mujer libre y yo un hombre sin compromiso, ¿qué impedimento hay?

Me giré hacia él, muy serio.

—Que soy tu mejor amigo y ella la mujer que me rompió el corazón.

—Pero ya no la amas, ¿no? La has dejado de lado todos estos años, porque ya no quieres tener relación con ella.

—Eso no es cierto. Yo... —musité, nervioso, mirándome las palmas de las manos—. Si no he acudido a verla en este tiempo es porque pensé que ella ya no querría saber nada de mí.

—¿Y ahora piensas lo contrario? —preguntó con gesto perspicaz mientras cerraba la ventana.

El ambiente de la habitación volvió a parecerme asfixiante. Fui hacia la cama y me senté al filo.

—Ahora no sé qué pensar.

—Bueno, para eso estoy yo. —Se sentó a mi lado y me tomó de las manos—. Jamás cortejaría a Meribeth por mucho que despertase mi interés porque sé que ella sigue en tu corazón. ¿Por qué no se lo dices? ¿Por qué no habláis de lo que pasó?

—Es demasiado complicado. ¿Qué podría decirle? —Solté sus manos y me froté la frente, apurado—. ¿Que me hirió mortalmente siete años atrás, pero que, aun así, no la he olvidado?

—Sería un buen punto por el que empezar.

—No quiero molestarla. Ella me dejó, ¿recuerdas? Quizá siga sin haber espacio en su corazón para mí.

—Lo recuerdo, sí, pero también recuerdo que no fue por sus afectos, fueron las circunstancias las que la obligaron.

—Éramos dos chiquillos pensando que tenían el mundo en sus manos, pero el mundo era más grande de lo que podíamos abarcar. —Sacudí la cabeza—. Sí, fueron las circunstancias, pero a veces me pregunto si Meribeth no podría haberles hecho frente de otra manera.

—¿Fugándose contigo y malviviendo por las calles? —resopló—. ¿Con el hambre agujereándole el estómago? La hija de un conde...

—A pesar de todo, la habría hecho feliz —dije convencido de ello.

—Ahora eres un escritor de renombre, pero en aquella época no tenías los mismos posibles.

—Gracias por recordármelo —suspiré con fastidio.

—Lo siento, solo pretendo ser sincero. —Tomó aire y luego sacudió la cabeza—. No tenías nada que ofrecerle a ella más que tu amor y...

—¿Y acaso el amor no es suficiente? —lo interrumpí, con una mirada directa.

—No en el mundo en el que vivimos. ¿Cuántas de las mujeres que hacen la calle en Edimburgo crees que dejaron la seguridad de su hogar por culpa del amor? Decenas, estoy seguro. Como también estoy seguro de que, si pudieran volver atrás, no lo harían.

—Yo jamás habría permitido que Meribeth acabase así. Habría trabajado hasta dejarme la piel por ella.

—Lo sé, pero tal vez no habría sido suficiente. Estoy convencido de que ella estaba muy apegada a sus padres y haberlos dejado habría hecho mella en su carácter. Pronto no sería más que una sombra de sí misma a la que tu amor no habría podido salvar. Una mujer que abandona a su familia en un mundo donde eso supone una condena para la sociedad.

—Detesto esta sociedad que lo antepone todo al amor. A veces me avergüenzo de pertenecer a ella. —Solté otro suspiro que salió de lo más profundo de mí.

Mi amigo imitó mi gesto y después me puso la mano en un hombro.

—Declan, ahora no hay nada que se interponga entre vosotros. Sus padres ya no están y los fantasmas del pasado quedaron atrás. Meribeth, en cierto modo, es libre de hacer lo que quiere.

¿O crees que de lo contrario estaría en este castillo, a solas, con dos hombres? Cualquier otra dama se habría recluido en su cuarto y no habría salido de él en estos días.

—Ella nunca fue muy amiga de las convenciones sociales hasta que... —Agaché la mirada, los recuerdos de nuestro adiós me sobrevinieron de golpe—. Ya da igual. No sé qué hacer. Me debato entre el dolor y el amor.

—Durante siete años ha ganado el dolor, querido amigo, no dejes que siga haciéndolo. —Apretó mi hombro y después caminó hacia la chimenea. Agitó los troncos con el hierro hasta que estos chisporrotearon—. Mañana haremos dos cosas. La primera será conseguir un buen tronco para Yule. Hemos de quemarlo para que nos traiga buena suerte. La segunda será que fingiré un terrible dolor de cabeza para dejaros a solas.

—¿Qué? No... —Me agité nervioso, poniéndome en pie—. No sabría qué decirle. Me siento torpe cuando está cerca.

—Solo dile lo que guardas en tu corazón.

—No sé si puedo.

Puso los ojos en blanco y luego resopló:

—Eres escritor, por el amor de Dios, si alguien sabe hacer algo con las palabras eres tú.

—Las palabras escritas.

—Entonces escríbele una carta. Si no sabes cómo decírselo mirándola a los ojos, hazlo con una misiva. Seguro que la conmueves.

Volví a coger aire, abrumado.

—Mañana intentaré hablar con ella. Te lo prometo. Y si no funciona, le escribiré esa carta.

Robert aplaudió más que si estuviéramos viendo una obra de teatro.

—Muy bien. Ahora, tratemos de descansar un poco. Ha sido un día de grandes emociones. —Se estiró y después se metió en la cama.

Ocupé la mía y hubo un largo rato de silencio, hasta que lo oí murmurar:

—Sería fantástico tener un poco de muérdago, así podríais besaros bajo él. Ya sabes lo que dicen: «Un beso bajo el muérdago aumenta la fertilidad».

—Robert... —Reí tras chasquear la lengua—. Duérmete ya.

—A sus órdenes.

Y hubo ya un silencio prolongado en el que pude quedarme dormido, con un sinfín de pensamientos acerca de Meribeth rondándome la cabeza. Al día siguiente, después de un desayuno animado, fuimos a la leñera, bien provista de troncos para pasar el invierno. Charlamos un poco con los mozos, para asegurarnos de que estaban bien, y con su ayuda cogimos el más grande de todos los leños, pues debía durar largos días. Entre Robert y yo lo colocamos en la enorme chimenea del salón, bajo la atenta mirada de Meribeth.

—Propongo que esta noche hagamos un pequeño baile privado para celebrar la Navidad —dijo mi amigo—. Podríamos tocar el piano por turnos y bailar un poco. Sería una velada excelente.

Meribeth asintió al momento. Siempre le habían gustado los bailes y era una gran bailarina. Yo también asentí, aunque al punto pensé en que eso significaría bailar con ella y no sabía cómo afrontaría su cercanía.

A la tarde, tal y como Robert había prometido, se quedó en el dormitorio acusando una leve jaqueca. No sabía dónde estaba Meribeth, así que paseé distraído y finalmente entré en la biblioteca. No la encontré allí; sin embargo, el paisaje nevado que se veía desde los amplios ventanales capturó mi atención. El cabo del faro, a la izquierda, penetraba blanco en un mar azul

oscuro, formando un hermoso contraste. Y la amplia playa de la bahía se vestía también nívea para la ocasión, dejando ver el lomo de algunas de sus piedras más grandes. Me acerqué al ventanal para observarlo un poco más de cerca y me quedé absorto en contemplarlo. Eilean Mo Chridhe estaba situado, sin duda, en un lugar privilegiado. Sumido en mis pensamientos, estaba allí, con la mirada fija en el exterior, recreándome con la bendición para la vista que era la nieve cubriéndolo todo, cuando escuché una voz a mi espalda. De forma inconsciente, sonreí al saber que se trataba de Meribeth.

—Disculpe. No sabía que estaba aquí. Solo venía a buscar un libro, no lo molestaré.

Me salió del alma pedirle que no se fuera.

—No, por favor, quédese.

Giré la cabeza para mirarla. Ella estaba de pie junto a la puerta, ataviada con un vestido oscuro. Solo la había visto llevar vestidos en tonos así, lejos de los colores claros de su juventud. Sin duda estaba siendo desconsiderado con su dolor; por mucho que yo no soportase a sus padres, ella los amaba y debía tener eso en cuenta.

Nuestros ojos se encontraron una vez más, en un silencio agradable en el que ella solo asintió y fue hacia una de las estanterías. Pasados unos segundos, en los que el silencio solo se rompió con los pequeños ruidos que ella hacía al coger y dejar algún libro de la estantería, me armé de valor, y dije:

—¿Recuerda las tardes que pasábamos juntos aquí?

Meribeth tardó en contestar, pero, cuando lo hizo, sonrió. Lo supe porque ya la estaba mirando, prendado de esa sonrisa.

—Leíamos a la par sentados en ese mismo rincón, junto a la ventana, sobre cojines en el suelo. Usted pasaba las páginas por los dos. Y como yo era más lenta leyendo, siempre tenía que esperarme.

—No es cierto. Lo hacía porque a menudo usted robaba chocolate de las cocinas y tenía los dedos manchados.

Nos miramos cómplices de aquellas travesuras y nos dedicamos una sonrisa dulce.

—Me gustaba la forma en la que sus dedos pasaban las páginas. —Meribeth, con un libro entre las manos, lo abrió y acarició una de ellas, evocándome un sentimiento sin igual; sintiendo que, de alguna manera, tenía envidia de ese trozo de papel que ella tocaba—. Siempre pensé que podría haberse dedicado a tocar el piano en alguna gran orquesta, pues sus dedos eran como mariposas que, en vez de tocar, revoloteaban sobre las teclas.

—Y siempre tenía una canción nueva que mostrarle.

—E incluso compuso alguna para mí.

Ella caminó hasta situarse a mi lado. Con la luz que penetraba desde fuera, brillante por el blanco del día, sus ojos fueron de un delicioso azul y sus cabellos refulgieron.

—Éramos felices entonces y pensábamos que podríamos serlo para siempre.

Dimos un paso a la par, para acercarnos más. Extendí la mano con el fin de ver de qué libro se trataba. Cuando ella me lo tendió, nuestras manos desnudas se rozaron. Un leve roce que, no sé a ella, pero a mí me provocó un agradable cosquilleo. No pude evitar levantar la vista hacia la suya y percibí sonrojo en sus mejillas.

—Hace calor aquí dentro, ¿no? —musitó, sin dejar de mirarme.

—Puedo abrir la ventana si quiere. Aunque me temo que el aire de fuera será demasiado.

—No se preocupe. —Carraspeó, y luego clavó la mirada en la novela—. ¿La ha leído?

—*El pirata* de sir Walter Scott —dije al observarla—. Disfruté mucho leyéndola en su día y

hasta he visitado las islas en las que se ambienta.

Ella me miró ilusionada.

—¿Sí? Ha debido de ser toda una experiencia.

—A usted le encantarían. Su naturaleza es impresionante. Tiene paisajes que cortan el aliento y grandes acantilados, o costas muy rocosas, que las olas baten furiosas.

Meribeth cerró los ojos, de seguro imaginándose allí. Me encantó verla así, disfrutando del momento como solo ella sabía hacer.

—Casi puedo oler la sal del mar, allí, tan al norte, donde apenas hay civilización. Lejos de las grandes ciudades.

—Si no tuviéramos tan mal clima en estos días, me sentiría tentado de invitarla a una excursión de tan grande como es su entusiasmo.

Abrió los párpados mientras reía.

—Lo siento. Me he dejado llevar.

La miré embelesado mientras negaba con la cabeza.

—No se disculpe, por favor, ha sido un momento hermoso. —Le tendí el libro, buscando de nuevo ese roce que, por fortuna, se dio. Consciente, o inconscientemente, lo prolongamos un poco más, hasta que el decoro reclamó su espacio, y nos separamos un paso alejando las manos.

—Habrá viajado mucho en estos años —me dijo entonces.

—Mucho. La gente se cree que el oficio del escritor es el de estar recluido en su casa escribiendo, pero hacemos mucho más que eso. Hay muchos lugares que visitar para inspirarse, documentos que consultar, bibliotecas en las que ahondar. Hace un par de años estuve en Abbotsford House, la que fuera la casa de sir Walter. Me hospedé en ella unos días mientras terminaba una novela ambientada en esa zona.

—La he leído —dijo ella, arrancándome una sonrisa—. Fue excepcional. Me pregunto de dónde saca tanta imaginación para narrar tremendos sucesos. El detective, su protagonista, se enfrenta a grandes enigmas con la ayuda única de su gran intelecto.

Poco a poco, hicimos de la biblioteca nuestro lugar de paseo, y caminamos por ella como antaño, dando vueltas alrededor de los muebles, deteniéndonos de vez en cuando a contemplar alguna librería y a curiosear en sus títulos.

—¿Y le parece poco tener un intelecto privilegiado? —le dije entretanto—. Solo con eso uno puede lograr cosas increíbles.

—Desde luego que sí. Dígame, ¿alguno de sus casos es real?

Le di un aura de misterio a mi gesto mientras decía:

—Algunos sí.

—¿Incluido el de ese espantoso crimen cerca del castillo de Edimburgo?

—Incluido ese.

Meribeth me miró fascinada y luego se sacudió como si hubiera sido presa de un terrible escalofrío.

—Fue espantoso leerlo, pero... —su gesto cambió hasta hacerse divertido— muy emocionante a la vez.

—Es lo que tiene narrar sucesos de misterio, que nos apasionan y aterran a partes iguales.

Me encontraba cómodo con ella, tanto como para lanzarme a hablarle de lo que sentía. Iba a hacerlo cuando llegó el sonido del portón de entrada siendo golpeado. Dimos un respingo a la par y escuchamos los ladridos lejanos de Heughan.

—Me pregunto quién se habrá atrevido a llegar hasta aquí con tanta nieve —dijo ella,

caminando hacia la puerta.

—Quizá otros viajeros perdidos.

—No sé si tengo comida para tantos —bromeó a medida que descendíamos las escaleras hasta el recibidor.

Los golpes volvieron a darse y Meribeth descorrió el gran cerrojo al momento, con gesto preocupado. Al otro lado de la puerta nos encontramos el rostro congestionado de una mujer entrada en años y en carnes. La reconocí al momento. Se trataba del ama de llaves.

—¡Bethany! —clamó Meribeth—. ¿Qué diantres haces aquí?

Fue a decir algo, pero entonces me vio y enmudeció.

—¿Señor O'Rilley? O... o debería decir, sir Declan. —Hizo hasta una reverencia—. Qué extraña coincidencia verlo aquí.

—Pasa, por favor. Te helarás fuera. —Meribeth la apremió a entrar, y la mujer, en cuanto lo hizo, se quitó la capa, parcialmente cubierta de nieve, y la dejó en un perchero cercano.

—Qué extraño verlo aquí —repitió, mirándome.

—Nuestro carruaje encalló en el camino por culpa de la ventisca y vinimos a pedir refugio.

—Nuestro. ¿El de su esposa y usted? —preguntó con cierto gesto perspicaz, mirando a Meribeth de reojo.

—No estoy casado, señora. No se preocupe.

—¿Y por qué iba a mí a preocuparme que estuviera casado? —Negó con la cabeza haciendo aspavientos. Siempre había sido muy expresiva—. Más bien lo contrario, porque es usted un hombre soltero, a solas, en casa con mi señora.

—Nos acompaña un amigo: Robert Drew.

—El periodista que venía al pueblo para visitar el faro —dijo con naturalidad.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Meribeth.

—Avisó de su llegada en la posada y, bueno, soy muy amiga de los Drummond. De hecho, estaban preocupados porque no se hubiera presentado el día que se supone que iba a llegar. Ahora entiendo por qué.

—Me alegra que comprendas algo, pues no estamos en la misma posición. Yo no sé qué haces tú aquí con este mal tiempo, y en Navidad —casi la regañó.

—Oh, señora, es que estaba sufriendo por usted. —Se atusó la falda. Llevaba colgado un zurrón en el que rebuscó algo mientras hablaba—. La imaginaba aquí sola, con estas nieves... Temía que el techo se le cayera encima.

—Pues ya ves que estoy perfectamente.

—Haciéndose cargo de dos huéspedes, ni más ni menos, sin ayuda de nadie. Menos mal que he venido. Bueno, me pongo manos a la obra de inmediato. Supongo que no habrán cenado convenientemente en días.

—La verdad es que nos hemos apañado bastante bien —dije.

Ella me miró ofendida y después arrugó la nariz.

—No sé cómo has conseguido llegar hasta aquí, pero deberías volver al pueblo —insistió su señora.

—No pienso volver a hacer ese camino infernal —refunfuñó el ama de llaves—. Ya que estoy aquí, me quedaré, si le parece bien. Alguien tiene que cuidar de ustedes.

Meribeth la miró en silencio y finalmente sonrió.

—Está bien.

—Mire lo que traigo para usted. —Sacó de su zurrón una rama de muérdago y se la dio a

Meribeth—. Una Navidad sin muérdago no es una Navidad.

Me sonrojé al recordar lo que mi amigo había sugerido mientras miraba la rama verde con esas pequeñas bolitas blancas. El perro, entretanto, se le enredó entre las piernas, posando las patas sobre ellas, haciéndole fiestas.

—¡Heughan! ¡Bribón! La de hambre que habrás pasado sin mí. Ven a la cocina, que te dé algo rico.

Y se marchó dejándonos a solas, mientras el perro caminaba animado a su lado, moviendo el rabo de un lado a otro. Meribeth y yo nos miramos y, de golpe, rompimos a reír.

—Ya no recordaba lo animada que era Bethany.

—Es un terremoto. Un huracán. Creo que se abruma en casa con tantos sobrinos como tiene y ha venido buscando un poco de paz.

—Entonces no le haremos ningún reproche.

En ese momento, bajó por la escalera Robert, con gesto somnoliento.

—¿Qué han sido esas voces que he oído?

—El ama de llaves está aquí.

—¿Sabe cocinar?

—Mejor que nosotros —dijo Declan.

Tras unas risas, su amigo terminó de bajar los escalones.

—Iré a hablar con ella —anunció Meribeth—. ¿Podrían colgar esto en algún lugar? Los dejo elegir.

Tendió la rama de muérdago hacia mí y, al cogerla, nuestros dedos volvieron a encontrarse en un roce sublime que despertó el calor de mis mejillas. Ella, sonrojada también, tras una pequeña genuflexión, se disculpó con nosotros y se marchó.

Ya a solas con mi amigo, mientras colgábamos el muérdago en el dintel de una de las puertas del salón, me preguntó qué tal había ido todo.

—No he podido librar esa batalla, pero... creo que he dado un paso para ganar la guerra.

—¿No le has dicho nada entonces?

—Iba a hacerlo cuando el ama de llaves ha llegado.

Mi amigo suspiró.

—Tendré que fingir jaqueca una vez más.

Me reí, palmeándole el hombro.

—Vamos a tomarnos un whisky, lo necesito.

Puede que hubiera perdido una oportunidad perfecta, pero esa noche, en el baile, tendría ocasión de danzar con ella y eso, sin duda, supondría un precioso acercamiento más. Aunque entonces caí en la cuenta de una cosa: si la señora Bethany había llegado hasta nosotros significaba que los caminos estaban transitables y que pronto no tendríamos excusa de quedarnos allí más tiempo. ¿Encontraría el valor para decirle lo que sentía antes de marcharme?

Capítulo 5

Meribeth

—Encuentro imprudente que haya estado aquí a solas con dos caballeros, mi señora, aunque, si me paro a pensarlo detenidamente, uno de ellos es el que fuera el señorito Declan, y él es como de la familia. Todavía lo recuerdo con los mofletes llenos de chocolate corriendo por los pasillos detrás de usted, tratando de cogerla del lazo del vestido.

Bethany parloteaba mientras adecentaba mi peinado: un hermoso recogido adornado con cintas de un morado oscuro, a juego con el color del vestido. Seguía siendo un atuendo austero, pues la tela no tenía grandes adornos, pero al menos era más animado que los que estaba vistiendo últimamente a causa del luto. Asentí a sus palabras, a la par que ella lanzaba otras que me dejaron sin habla por unos segundos.

—Siempre pensé que ustedes dos se casarían.

Frente al espejo, levanté la mirada y me topé con la de Bethany, que rezumaba un cariño sin igual. No podía reprenderla por ese pensamiento, pues yo me había encontrado con él en la soledad de mis días todos aquellos años.

—Yo también lo pensé, pero... ya sabes, mis padres no me dejaron alternativa después de lo que sucedió.

—Hace mucho que no me habla de ella. ¿Está bien? Espero que la estén tratando como se merece.

—Es un buen internado. Crecerá como la señorita de buena cuna que es, aunque jamás pueda decirle que... —Callé, con un nudo en la garganta.

Bethany puso una mano en mi hombro y lo apretó con cariño.

—Quizá algún día pueda hacerlo. Quizá encuentre las fuerzas y la manera.

—Pensará que la abandoné a su suerte.

—Como bien ha dicho, será una muchacha bien instruida y conocerá cómo funciona el mundo, por lo que entenderá por qué lo hizo. —Terminó de retocar mi peinado y agregó—: Ella lo entenderá y la querrá, ya lo verá.

Suspiré largamente, en tanto que me ponía en pie. Admiré en el espejo mi aspecto, varios segundos, mientras trataba de verbalizar mis pensamientos.

—¿Y él? ¿Qué pensará él? Si se lo digo, quizá no quiera volver a hablarme.

—Él... —Bethany quedó pensativa un instante—. Él no tendrá más remedio que aceptarlo también. ¿Qué otra opción le queda? No es que podamos dar marcha atrás en el tiempo, aunque...

—¿Aunque? —La miré intrigada.

—¿No ha pensado que ahora podrían estar juntos? Él ya es un hombre de posición y fortuna, y sus padres no están para reprobarla.

—No negaré que guardo sentimientos por él después de todo, pero dudo que me acepte. Aún ha de esconder el reproche en su corazón por haberlo abandonado, por haberlo dejado de lado cuando tantas promesas se habían hecho.

Él había sido todo mi mundo hacía tiempo. El amor de mi vida a quien las presiones de mi familia me obligaron a dejar atrás.

Nuestra historia había dado comienzo cuando él, hijo de un marino que había hecho fortuna, se instaló en una propiedad cercana. Declan tenía seis años y yo cinco, pero en el preciso instante en el que nuestros ojos se cruzaron, supe que quería pasar con él el resto de mi vida. Primero como un amigo y, con los años, como algo más. Teníamos tantas cosas en común que a veces parecíamos un solo ser.

Y un día de mayo, Declan me pidió que me casara con él. Y yo, la más radiante de las novias, acepté. Sin embargo, meses antes de la boda, el Destino y la Parca cercenaron nuestras esperanzas con su guadaña de la más horrible forma posible. Su padre, que había acumulado deudas, fue a prisión, y allí cometió el mayor de los crímenes contra la vida: se colgó de una soga y dijo adiós a todas sus tribulaciones. Para entonces, la ya caída en desgracia familia de Declan se sumió en la mayor de las desesperaciones. Y ya no era digna para mezclarse con la mía, a juicio de mis padres. ¿Cómo iba yo, la hija de un respetado conde, a casarme con un hombre sin fortuna? ¿Cómo iban a consentir que me mezclase con el hijo de alguien que se había quitado así la vida, atentando contra las leyes más sagradas de los hombres?

Y yo no fui capaz de negarme a las pretensiones de mi familia y cometí el mayor error de mi vida: anteponerlo todo al amor. Ahora me sentía como si esas acciones no fueran propias de mí, como si en aquella época no hubiera sido más que una sombra de mí misma. Y, en el fondo, en eso me había convertido en todos aquellos años. En un ser que vive y respira porque son actos automáticos, que sobrevive al día a día sin más, en una consecución de horas que se parecen las unas a las otras. Y empezaba a notar en mí los resultados de esa rutina. Pero yo no quería vivir así, quería salir de las tinieblas y volver a ver la luz. Todos mis intentos fueron en vano, hasta que llegó él. Y su presencia en Eilean Mo Chridhe empezaba a renovar mis ánimos, a hacerme sentir diferente.

La voz pausada de Bethany me sacó de mis pensamientos.

—No es que sepa demasiado de él o si ha cambiado mucho en estos años, pero me atrevería a decir que en el corazón de Declan hay aún un lugar para usted.

—¿Por qué piensas eso?

—Por cómo la mira. En sus ojos hay un destello amable que solo brilla en los de quien guarda cariño en su alma.

Suspiré una vez más, abrumada por las circunstancias. ¿Sería así? ¿Realmente habría ocasión de dejar atrás el pasado y empezar una nueva vida juntos, como si nada hubiera pasado? Presentía que las barreras entre nosotros eran demasiado altas aún y que nada podría derribarlas, sobre todo cuando le hablase de ella. De nuestra pequeña Lilybeth.

Pasé la mano despacio por la falda del vestido, tratando de poner en orden mis sentimientos, y volví a mirarme al espejo. Me pregunté si le gustaría mi apariencia, si no me vería ya como una mujer que había perdido la juventud. Pensaba en ello cuando Bethany dijo:

—Está muy hermosa. Sir Declan se quedará boquiabierto cuando la vea.

—No digas eso, Bethany. No digas eso —murmuré, con media sonrisa.

La de ella era grande, casi premonitoria de la felicidad que viviríamos aquella noche.

Cuando bajé las escaleras hallé al pie a Declan, bien arreglado con un frac y el cabello cuidadosamente peinado. Alzó la mirada y se encontró con la mía, que lo observaba imprudente y descarada, como si no hubiera norma alguna del decoro que cumplir, como si no tuviera que reservar esas miradas para la intimidad o los sueños. Él me miraba de idéntica forma, embelesado, tanto que sus mejillas se tiñeron de un agradable rojo.

—Lady Meribeth —musitó extendiendo una mano hacia mí—. Esta noche luce usted muy hermosa.

Posé mi mano sobre la suya, sonrojándome también, y él la tomó y besó el dorso a la par que yo me detenía a dos escalones sobre él. Así nos miramos, largo y prolongado, como si quisiéramos decir cientos de cosas en ese instante que no fuéramos capaces de verbalizar. Heughan, con un ladrido, nos hizo desviar la atención hacia él. El perro nos miraba moviendo la cola, animado, y ladró una segunda vez.

—Parece que le gusta que le diga lo hermosa que está —dijo Declan.

—Me quiere demasiado como para no alegrarse de que me hagan cumplidos.

—No era un cumplido sin más, milady, es una realidad que lo está. Ese color de vestido realza sus facciones.

Mis mejillas ardieron y agaché la mirada, a la par que sonreía.

—¿Quiere caminar conmigo hasta el salón? —Me ofreció el brazo—. Robert nos espera allí y también se ha puesto sus mejores galas. Y permítame avisarle de que ha calentado la voz para cantarnos unas cuantas de sus canciones preferidas.

—Será una velada animada, entonces —declaré—. ¿Usted lo acompañará?

—Solo si usted canta conmigo también.

—Solo si usted toca el piano para mí.

Nos dedicamos una bella sonrisa, mientras llegábamos al salón. El ambiente estaba caldeado y había infinidad de velas dejando de lado la oscuridad de la fría noche invernal. La mesa ya estaba puesta, llena de exquisitos manjares, y Robert nos esperaba de pie junto a la chimenea, vestido con elegante frac.

—Por Dios que mis ojos no han visto belleza escocesa igual —dijo al verme, con su habitual desparpajo.

—Usted, para ser inglés, tampoco está mal —bromeé con cariño.

—Oh, gracias. —Rio haciendo una reverencia—. Sepa que he preparado unas cuantas canciones inglesas para amenizar la velada.

—Ya he sido advertida por su amigo y estoy preparada.

Declan retiró la silla para mí y tomé asiento tras darle las gracias.

—Es un repertorio muy extenso, así que quizá nos lleve hasta el amanecer. —Robert ocupó su asiento.

—Ninguno de nosotros ha de madrugar mañana y hay whisky suficiente para pasar la noche —dije.

—Me gusta cómo piensa, lady Meribeth, ¿se lo había dicho ya?

Esbocé una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—Aunque usted ha dicho muchas cosas, esa no es una de ellas.

—Hablo demasiado, sí. A veces me pregunto si será un defecto o una virtud.

—Depende de en qué circunstancia —intervino Declan, tomando asiento.

—Mi amigo es más reservado, quizá por eso nos llevamos tan bien, yo pongo las palabras que a él le faltan.

—No es que me falten palabras, es que sé bien cuándo decirlas —respondió el otro sin acritud —; tú, por el contrario, las dices siempre, sea como sea.

—Alguien tiene que alzar la voz en este mundo hecho de silencios, ¿no cree, lady Meribeth?

Asentí en aquella ocasión, pues no me molestaba que fuera tan hablador o que dijera cosas inoportunas. Quizá habían sido sus palabras las que me habían dado pie a querer pronunciar las mías. Hice un brindis por aquella cena y después la degustamos envueltos en un sinfín de agradables conversaciones. Hablamos sobre Edimburgo y Londres, sobre poesía, sobre música y, aunque brevemente, sobre política. Me gustó que los dos quisieran escuchar mi opinión al respecto y que en ningún momento me hicieran sentir que estaba fuera de lugar en las conversaciones. Una vez que terminamos la cena, pasamos a la sala del piano en la que nos servimos unos whiskies. Los hombres fumaron también y yo disfruté del ambiente, pues me trajo a la memoria cuando mi padre y mi hermano se reunían después de las cenas, en aquellas ocasiones en las que la presencia de una dama no les molestaba. El olor del tabaco me recordaba a ellos y me transportó a un lugar familiar en el que me sentí cómoda.

Pronto, Declan ocupó un lugar en el piano, y su amigo me agasajó con una bella tonada inglesa llamada *Seeds of Love*. La letra, interpretada con suavidad y mimo, y con una voz que resultó ser preciosa, decía así:

Sembré las semillas del amor, todo fue en primavera,
En abril, mayo y junio igualmente,
Cuando los pájaros pequeños cantan,
Mis jardines bien plantados con flores por todas partes,
No tuve la libertad de elegir por mí mismo,
La flor que tanto amaba.
Le pedí al jardinero que eligiera por mí,
y eligió la violeta, el lirio y la rosa,
Pero los rechacé a los tres,
La violeta porque se desvanece tan pronto,
El lirio y la rosa que observé,
Y prometí quedarme hasta junio.

Y en cada nota del piano, hallé una mirada furtiva de Declan hacia mí, hermosa como esas flores que no habían sido escogidas. Y me pregunté qué sucedería si él se quedase hasta junio. Si en esos meses tendríamos la ocasión de acercar de nuevo nuestros corazones... ¿acaso se habían separado del todo alguna vez?

Estaba ensimismada mirándolo cuando Robert finalizó su canción y me invitó a ocupar su lugar junto al piano.

—Ahora me debe usted una bonita canción escocesa.

—La suya ha sido muy hermosa. Gracias.

Con una sonrisa, me cedió el lugar. Me vi entonces muy cerca de Declan, lo cual me hacía mucha ilusión, porque podía percibir el grato perfume que desprendía. Él pasó las páginas del libro de partituras mientras me preguntaba si quería cantar alguna canción en concreto.

—Recuerdo que os gustaba mucho *Loch Lomond*.

—Sigue siendo una de mis favoritas.

—Entonces cantemos esa.

Y a coro, con la preciosa melodía que salía del piano, interpretada con cariño por Declan, cantamos, sin dejar de mirarnos a los ojos. La canción, decía: «Nunca nos volveremos a encontrar en las orillas del lago Lomond», pero él la cambió y cantó:

—Pero mi amor y yo volveremos a encontrarnos en las orillas del lago Lomond.

Cuando dijo aquello, con la mirada clavada en la mía, sonreí, olvidándome de cantar. Me uní al poco, para entonar las notas finales, llena de una esperanza renovada por sus palabras, y canté con él.

—Pero mi amor y yo volveremos a encontrarnos en las orillas del lago Lomond.

Declan sonrió entonces también y la canción finalizó mientras Robert nos aplaudía.

—Juntos tenéis una interpretación hermosa. Deberíais de cantar juntos a menudo —dijo—. ¿Me dejas tocar un poco, querido amigo? No soy tan bueno como tú, pero conozco alguna canción para que podáis bailarla.

—¿Bailar juntos? —musité, sonrojándome al pensarlo.

—Sí, ¿por qué no? Algo animado.

Declan, al momento, le cedió el asiento y caminó hacia mí.

—¿Me concede este baile, lady Meribeth?

Se los concedería todos, sobre todo si me miraba con esa sonrisa de felicidad.

—Por supuesto —dije, sin pensarlo dos veces.

Unimos nuestras manos en el silencio aún, con la mirada puesta en la del otro, sin pretensiones de apartarla en lo que durase ese mágico momento en el que nuestros cuerpos, como si lo hicieran cada día, bailaron una bonita tonada que Robert tocó. Reímos, danzamos, y no soltamos las manos ni aun cuando el baile lo requería. Supe entonces que no quería volver a separarme de él y que había muchas cosas que teníamos que hablar después de tanto tiempo, muchos fantasmas que vencer. Azuzada quizá por el whisky, el baile y el calor, no me parecieron fantasmas tan horrendos a esas horas, como si todavía fuera todo posible entre él y yo.

Esa noche fue una de las más hermosas que viví en mucho tiempo. Charlamos y bailamos al son del piano hasta bien entrada la madrugada. Llegada la hora de la despedida, Declan me ofreció de nuevo su brazo para acompañarme hasta mi dormitorio. Le di las buenas noches a Robert y agradecí su ofrecimiento, aceptándolo. Subimos en silencio las escaleras y caminamos hasta la puerta de mis aposentos, sin mencionar palabra, pero diciendo muchas cosas con la mirada. Cosas largamente anheladas desde tiempo atrás. Una vez en la puerta, Declan, con voz suave, dijo:

—Buenas noches, lady Meribeth, ha sido un placer compartir esta velada con usted.

—No puedo más que decirle lo mismo, sir Declan. Sin duda su compañía está haciendo mis días más llevaderos.

—Me siento bien estando aquí, no me iría mañana de no ser porque las obligaciones apremian.

—¿Mañana?

—Si su ama de llaves ha podido llegar hasta nosotros, podremos llegar al pueblo sin inconveniente, y supongo que Robert querrá seguir con su trabajo.

—Y usted tiene que acompañarlo, por supuesto.

Declan esbozó una sonrisa.

—¿Querría que me quedase?

—Yo... —Agaché la mirada. Noté entonces la calidez de sus dedos en mi mentón. Me hizo levantarlo para que volviera a mirarlo. Clavé la mirada en la suya. Se veía tan hermosa en la penumbra del pasillo...—. Sí. Si le soy sincera, me gustaría que se quedaran para siempre.

—No puedo prometerle un «para siempre», pues otra promesa me ata con Robert. Le dije que lo acompañaría y ahora no puedo desdecirme. ¿Qué clase de amigo sería? Sin embargo, sí que puedo prometerle que nos quedaremos, al menos, un día más. No nos iremos de aquí sin que usted tenga un bonito árbol de Navidad.

El árbol de Navidad era lo que menos me importaba, pero si eso me garantizaba su presencia, era más que bienvenido.

—Mañana mismo le pediré a Bethany que busque las cajas donde guardamos los adornos.

—Y tendrá usted el árbol más grande, brillante y hermoso de todo Baileaghràid.

Me pareció que sería todas esas cosas porque vendría de sus manos. Sonreí, agradecida, y le di las buenas noches. Habría prolongado ese momento mucho más, pero no tenía excusa para hacerlo.

—Buenas noches, sir Declan.

—Buenas noches, lady Meribeth.

Una vez más, besó mi mano. La forma en la que clavó la mirada en la mía me estremeció provocándome un suave cosquilleo en el vientre. Nos separamos, sin decir nada más, y entré a mi dormitorio con la sensación de que no era el suelo lo que me sujetaba, sino las nubes. Había sido una noche magnífica.

Heughan me esperaba dormido al pie de la chimenea, en la que ardían unos troncos que chisporrotearon al cerrar la puerta tras de mí. En cuanto me oyó llegar alzó las orejas, se puso en pie y corrió hacia mí. Lo cogí en brazos y lo abracé.

—Estoy muy feliz, Heughan. ¡Mucho!

Ladró, contento también, y lo posé en el suelo. Corrió a tumbarse a mi cama y se quedó allí, a mis pies, calentándomelos hasta que el sueño me venció después de tantas emociones.

Al día siguiente, desperté muy tarde, y lo hice a causa de un revuelo sin igual en la casa. Bethany llegó al dormitorio para ayudarme a vestirme y le pregunté a qué se debía.

—Le han traído su árbol de Navidad y ya está en el salón. A Heughan le ha parecido buena idea ponerse a saltar entre las ramas más bajas, y sir Declan y su amigo reían a carcajadas.

Me enternecí al imaginarlos así y las ganas de bajar a verlos me apremiaron.

—Qué bonita estampa. Date prisa, quiero bajar cuanto antes.

Bethany puso gran empeño en dejarme lista a la brevedad. Me hizo un recogido sencillo y eligió para mí un vestido gris oscuro con algo de blonda de encaje en el cuello y las mangas, austero pero hermoso. Apresurada, bajé al salón y hallé una estampa preciosa. En una de las esquinas habían colocado el árbol. Era grande, con vistosas hojas de un verde brillante. Sobre la mesa estaban las cajas que seguramente Beth habría bajado del desván, aguardando a ser abiertas y sacar de ellas hermosos adornos que eran para mí como pequeños recuerdos.

—Buenos días, lady Meribeth —dijo Declan con una sonrisa nada más verme—. La estábamos esperando.

—Veo que han madrugado.

—Una promesa es una promesa y había que cumplirla pronto —dijo Robert—. Mañana nos marchamos y no queríamos dejarla sin su árbol. Acérquese y abra una de las cajas, ardo en deseos por saber qué sorpresas guardan.

Caminé hacia estas con una sonrisa, al tiempo en que les daba las gracias por el detalle.

—¿De dónde lo han cortado?

—Aquí cerquita. No es que la nieve nos hubiera dejado adentrarnos más en el bosque. Heughan ha venido con nosotros.

El animal andaba por allí, moviendo la cola con gesto animado, olisqueándolo todo.

—Le encanta meterse bajo la nieve —dije—. Ya me ha contado Bethany lo que ha hecho ese pequeño bribón.

Declan se agachó para acariciarlo y el can recibió con ánimo sus caricias.

—No lo regañe. Ha sido una gran compañía.

Le dediqué una sonrisa de aprecio y abrí una de las cajas. Al hacerlo, di con una bola de brillante cristal azul, la preferida de mi padre. Me sobrevinieron las lágrimas sin poder evitarlo y noté entonces una mano sobre mi hombro. Era la de Declan, en un gesto que buscaba reconfortarme.

—No esté triste, por favor. No me gusta verla así.

Giré un poco la cabeza para hallar sus preciosos ojos mirándome.

—Solo es... los recuerdos, ya sabe, a veces nos asaltan sin piedad.

—Coloque la bola y haga nuevos recuerdos. Así el año que viene también recordará este momento y sonreirá.

Asentí, y le di las gracias por sus palabras.

Bethany llegó con humeante té y unos dulces; y mientras dábamos buena cuenta de todo, fuimos llenando el árbol de fruslerías que refulgían a la luz del ardiente tronco de Yule. La estancia se colmó de alegría y color, pues pusimos unas bellas cintas rojas alrededor del ejemplar, haciéndolo lucir muy hermoso. En un momento, una de las bolas cayó y rodó por el suelo hasta quedarse bajo el marco de la puerta. Declan y yo, a la par, fuimos a buscarla. Nos agachamos para cogerla casi a la vez y nuestras manos quedaron nuevamente en contacto, arrancándome esa preciosa sensación que era ya habitual cuando se trataba de tenerlo cerca. Nos levantamos despacio, sin dejar de mirarnos, con la bola en las manos de ambos. Y entonces escuchamos un silbido divertido por parte de Robert.

—Están bajo el muérdago —dijo, guasón—. Me temo que no les quedará más remedio que darse el beso de la buena suerte.

Declan y yo nos observamos en silencio, esperando la reacción del otro. Estaba claro que ese beso no iba a ser en los labios, habría sido demasiado, pero me pregunté si uno en la mejilla estaría dentro de la cortesía y la tradición o si él vería más apropiado que simplemente me besase en la mano. Pensaba en ello cuando se acercó despacio, sin dejar de mirarme. Su aroma me embriagó y una sensación eléctrica como una tormenta me recorrió cuando, con dulzura y calma, posó los labios sobre mi mejilla. Los noté cálidos y me ruboricé. Apenas se había separado de mí, me decidí a devolverle el gesto y de igual modo besé su mejilla, quedándome en ella por un instante que habría querido que fuera para siempre. Él estiró la comisura de los labios en una sonrisa infinita, tanto que noté el movimiento de sus mofletes al elevarse. Su piel al tensarse. Olía a fresco invierno y, a la par, a algo dulce, como si portase con él un suculento bizcocho. Me recordó a nuestros momentos juntos y mi rubor se volvió fuego. Me separé de él despacio, mientras nos recreábamos en mirarnos, sin dejar de sonreír.

—Parece que tendréis suerte todo el año —dijo su amigo, que vino hacia nosotros—. ¡Yo también quiero un poco!

Y, sin decir palabra, nos plantó un beso a cada uno en la mejilla. Tras un instante de sorpresa, rompimos a reír a carcajadas. Hacía mucho tiempo que en Eilean Mo Chridhe no había tanta felicidad en un solo instante.

El día pasó volando, más rápido de lo que habría querido. Aprovechamos que la tormenta de nieve había dado tregua para caminar un poco por los jardines. Robert jugaba con Heughan, muy

animado. Me pareció que solo quería dejarnos espacio a Declan y a mí para que pudiéramos charlar a solas y me supo un gesto muy hermoso. Él y yo conversamos muchísimo sobre los viejos tiempos, sobre los momentos felices que habíamos pasado juntos, y sentí que nuestros corazones se acercaban un poco más. Declan recordó aquellos días en los que el jardín se llenaba de flores y juntos hacíamos una corona con ellas para el solsticio de verano. Y rememoré los días de calor en los que nos bañábamos en el lago o en los que paseábamos por la playa y jugábamos a ser piratas recién llegados de alta mar. En medio de unas sonrisas cruzadas, tiernas y sinceras, supe que pronto tendría que hablarle de Lilybeth y me pregunté cómo se lo tomaría. Sin embargo, quería demorar ese instante lo más posible pues sabía que quizá crearía de nuevo una brecha entre nosotros, y no fui lo suficientemente valiente como para hacerlo esa tarde. A la noche volvimos a reunirnos en la cena. Cantamos un poco más junto al piano y disfrutamos del árbol de Navidad con sus preciosas velas adornándolo.

—Es una lástima que tengan que marcharse mañana —dije, mientras clavaba la mirada en la luz de una de las velas.

—No vamos muy lejos. Nos hospedaremos en el pueblo. Ya hemos abusado en exceso de su hospitalidad —dijo Declan, situándose a mi lado.

Asentí a sus palabras.

—Ya sabe que no son una molestia. —Con una sonrisa, agregué—: Mañana es Hogmanay. El último día del año. En la plaza, la gente se reúne para cantar *Auld Lang Syne*.

—¿Usted irá? —preguntó girando el cuerpo hacia mí.

Hice lo mismo que él y nos miramos frente a frente.

—Por supuesto. No me lo pierdo un solo año.

—Entonces nos veremos allí.

Una vez más, Declan besó mi mano. Lo hizo de forma pausada, mirándome a los ojos, sonriendo después. Volví a sentir que volaba. Cuando la soltó, dijo:

—Ha sido bonito volver a encontrarme con usted. Bendigo la ventisca que me trajo a su puerta.

Me emocioné al escucharlo decir tales palabras y tuve que contener esa emoción para poder hablar.

—Usted siempre será bienvenido en Eilean Mo Chridhe. Pase el tiempo que pase. Sean cuales sean las circunstancias. De hecho...

—¿Qué? —Me miró con gran interés.

Tragué saliva antes de hablar.

—Ojalá hubiera venido mucho antes.

Declan sonrió una vez más de forma cálida.

—Sí. Ojalá lo hubiera hecho. Pero no podemos cambiar el pasado, solo elegir qué hacemos con el presente y, ahora, soy feliz aquí, con usted. —Carraspeó, nervioso, y agregó—. Y con Robert, por supuesto.

—Y con Heughan y Bethany —anoté yo, con media sonrisa divertida al ver su nerviosismo.

—Por supuesto —repitió.

Reímos entonces y volvimos a admirar el árbol en silencio. Robert asomó la cabeza entre los dos y dijo:

—¿Quieren jugar un rato a las cartas? Siento que la suerte me acompaña, pues he besado a Heughan bajo el muérdago, y no quiero desperdiciarla.

Busqué al can con la mirada y lo hallé sentado bajo este con gesto feliz.

—¿Eso ha hecho?

—Ya casi estamos prometidos —bromeó Robert—. Dudo mucho que vaya a quedarse con usted aquí si yo me marcho.

—Traidor... —murmuré, y me eché a reír.

Ellos secundaron mi risa y, juntos, pasamos al pequeño salón para jugar una mano de cartas. Esa noche estuvo también llena de felicidad, sobre todo para Robert, que ganó todas las manos y bebió whisky de más. A la hora de la despedida, Declan me acompañó de nuevo a mi alcoba. En la puerta, dijo:

—He recordado que la otra noche no cantamos al piano su canción favorita.

—¿La recuerda?

—Cómo olvidarla. La cantaba muy a menudo y siempre que bordaba la tarareaba.

—¿Y cuál era? —pregunté con gesto perspicaz, esperando que verdaderamente se acordarse.

—*Mo Ghille Mear*. «Mi amor gallardo».

—Así que es cierto que la recuerda.

—No he olvidado nada de lo que viví con usted.

—¿Ni siquiera lo malo?

—¿Hubo cosas malas? —dijo con una sonrisa galante que me aceleró el corazón.

—Por supuesto que las hubo, y usted lo sabe. Otra cosa es que hayamos elegido dejarlas de lado.

—Están donde deben estar; sin embargo, creo que nos haría bien a los dos hablar de ellas. ¿Tengo su permiso para verla en privado después de Hogmanay? Hay cosas que querría decirle y que hasta ahora no me he atrevido a poner en voz alta.

Mi corazón, a esas alturas, no estaba ya acelerado. Era una locomotora desbocada.

—Por supuesto que sí.

—Quizá podríamos volver a reunirnos en torno al piano y cantar alguna canción más.

—Venga a verme cuando quiera y hablaremos.

—Tenga por seguro que lo haré. Mañana nos marchamos temprano, pero la veré en el pueblo en la celebración. No falte, por favor, me entristecería su ausencia.

—Le prometo que allí estaré.

Declan, con una preciosa sonrisa que expresaba las ganas que tenía de que nos viéramos al día siguiente, aun cuando no nos habíamos separado, me deseó buenas noches y besó mi mano una vez más.

Entré en mi habitación con un cosquilleo en el vientre que atesoré largo tiempo, pues no dejé de pensar en él, en sus palabras y en ese momento en el que al fin hablásemos de lo que guardábamos en nuestras almas.

Capítulo 6

Declan

Me costó separarme de ella. Dejar Eilean Mo Chridhe y los momentos que aquella intimidad inesperada nos había regalado. Sin embargo, lo hice con la esperanza de volverla a ver esa misma noche en Hogmanay y hablar con ella al día siguiente, por lo que, aunque las horas pasaron lentas hasta nuestro próximo encuentro, sentía una ilusión renovada que me empujaba hacia delante.

Aquella noche, el pueblo se vistió de gala. Sus bonitas calles empedradas, sus casas de no más de dos plantas fueron revestidas con guirnaldas, luces y farolillos; y la gente, a pesar del frío, se echó a las calles a celebrar la llegada del nuevo año. Cuando Robert y yo dejamos la posada de los Drummond, gente amable donde los hubiera, nos encontramos con un jolgorio sin igual que lo llenaba todo y un reguero de personas que iba en dirección a la plaza del pueblo, no muy lejana. Mi amigo y yo los seguimos, felices por estar viviendo aquel momento, entusiasmados por celebrar Hogmanay en una pequeña localidad lejos de las grandes fiestas de Edimburgo. El ambiente allí era único, mucho más acogedor. Por todas partes corrían el whisky y la cerveza, pues los ciudadanos habían sacado barriles a las puertas de las casas y se invitaban unos a otros; las mujeres ofrecían carne asada y ricos dulces bañados en miel, así que, para cuando llegamos a la plaza, Robert y yo habíamos bebido y comido de más.

En el centro del lugar habían colocado un árbol de Navidad enorme, repleto de guirnaldas y luces; y las gentes, farolillo en mano, se congregaban alrededor, cantando viejas canciones escocesas con la nariz roja por el frío y el semblante bullendo de felicidad.

Busqué con la mirada a Meribeth y no cesé en mi empeño hasta que la vi al otro lado del corrillo, en primera fila. Llevaba un bonito abrigo verde oscuro, con las mangas y el cuello de pelo, y un bonito sombrero a juego para preservarse del helor de la noche. La luz de las velas dibujaba en su rostro hermosas sombras, embelleciéndola aún más. Y en un parpadeo, ella giró la cabeza hacia mí y nuestras miradas se encontraron en medio de toda la gente. Por un instante, me pareció que éramos los únicos en aquel lugar. Que el tiempo se había diluido, que lo había hecho el ruido en pos de un silencio agradable que nos envolvió a ambos, que todo se había detenido para acogernos en aquel bello momento. Sonreí, y ella también lo hizo, despertando en mi vientre el calor de la emoción. Todo mi afán era acercarme a ella, así que, sin pensarlo, cogí del brazo a Robert y tiré de él en dirección de Meribeth. Recorrimos el borde del círculo, colándonos entre la gente, hasta llegar a ella. Nos saludamos sin perder la sonrisa, y también saludamos a su

ama de llaves, pues la había acompañado. Sin privarme de ello, me situé junto a Meribeth, colándome entre la gente de la fila principal del círculo. Estábamos tan pegados, codo con codo, hombro con hombro, que no había espacio entre nosotros. Sentí su calor y eso me hizo estar bien, como si hubiera encontrado un cálido hogar después de un largo tiempo vagando.

—¿Está disfrutando de la celebración, sir Declan? —me preguntó ella, a duras penas entre el sonido del gentío.

—Como hacía tiempo que no. Me trae bonitos recuerdos de mi infancia aquí.

Ella miró un segundo al árbol y luego dijo:

—Éramos felices entonces.

La contemplé directamente, buscando sus ojos. Ella giró la cabeza y me ofreció una mirada cálida, sonriente.

—¿Y no cree que pudiéramos volver a serlo?

—¿Tan felices como entonces?

Asentí, y, tras unos momentos de meditación, contestó:

—Faltan muchas de las personas que entonces nos acompañaban, pero... supongo que sí, que una parte de nosotros podría volver a experimentar aquella felicidad plena de los días pasados.

No supe si por accidente o deseo, pero su mano rozó la mía. No la retiré, quería seguir sintiéndola cerca.

—Yo... —musité—. Haría cualquier cosa por verla feliz de nuevo.

Y así lo sentía. Que todas las cosas que durante años me habían atormentado habían quedado en nada cuando volví a verla, como si no hubiera pasado tiempo entre nosotros, como si no nos sobrevolase la sombra del rechazo y las circunstancias a las que su familia nos había arrojado. Aquel día en el que me dijo que no podíamos estar juntos ya no pesaba tanto. No era ya una losa con la que sentía que tuviera que cargar. Quería comenzar de nuevo y quería hacerlo con ella a mi lado.

Meribeth, en medio del ruido, no debió escucharme, pues acercó un poco más su rostro hacia el mío y dijo:

—¿Qué ha dicho? Apenas he alcanzado a oírlo con tanto jaleo.

Tragué saliva, dispuesto a repetírselo. Apenas separé los labios, el ruido se hizo más intenso, pues la gente empezó a cantar a pleno pulmón *Auld Lang Syne*, la canción tradicional del Hogmanay. En aquella noche mágica, donde dejábamos el pasado atrás e iniciábamos un nuevo año, sonaba más especial que nunca. Meribeth arrancó a cantar, así como Robert, que, a mi lado, disfrutaba más que nadie de la celebración, cantando a pleno pulmón. Me uní a ellos, sin dudarlo.

—«¿Debería olvidarse un viejo conocido y nunca recordarse?». —Canté.

—Desde luego que no. —Escuché decir a Meribeth, que me miraba sonriente.

Y la canción continuó, y, a coro, sin dejar de contemplarnos, cantamos:

Los dos hemos remado en el arroyo,
Desde el sol de la mañana hasta la cena;
Pero los mares entre nosotros han rugido desde la antigüedad.
¡Y hay una mano, mi fiel amigo! ¡Y dame tu mano!

Y en ese preciso instante, sentí cómo ella tomaba la mía, como una muestra de buena voluntad y de amistad, a pesar de todo. La apreté para reconfortarla, con la intención de no soltarla nunca. La gente, cuando terminó la canción, aplaudió y clamó por la felicidad del año nuevo, y nosotros seguimos allí, sin movernos, aún cogidos de la mano, con la mirada clavada en la del otro.

El sonido de una gaita lo llenó todo y tocaron un *reel* para que la gente bailase. No iba a ser menos, así que le pedí a Meribeth que bailase conmigo aquella danza animada en la que los pies no dejaban de moverse. Entre risas, fuimos avanzando con el círculo. Robert había sacado a Bethany a bailar, y fue gracioso verlos juntos, porque la expresión seria del rostro de ella se había difuminado y ya no era el ama de llaves recta, sino una mujer más que celebraba esa noche especial de fin de año.

Todo fueron risas y algarabía en la hora siguiente, pues los bailes no cesaron y bailamos hasta templar al cuerpo y despeinarnos. Todo estaba permitido en aquel pequeño pueblo en la noche de Año Nuevo, y las normas del decoro quedaban relegadas a un lugar donde a nadie le importaban. Siguieron corriendo la cerveza, el whisky y el vino, e invité a Meribeth a una pinta, que ella bebió sedienta después de tanto baile.

—¿Sabe que Robert Burns[1] estuvo alojado en Eilean Mo Chridhe una vez? —dijo ella, en medio del bullicio, mientras estábamos frente a frente y la gente seguía danzando a nuestro alrededor.

—Sí. Su padre hablaba de ello muy orgulloso siempre que podía.

—Cierto. Le gustaba presumir de nuestros visitantes ilustres. Ahora yo podré presumir de que sir Declan O'Rilley, el afamado escritor, se ha hospedado entre los muros de Eilean Mo Chridhe. ¿Cree que debería poner una placa honorífica?

Reí ante su idea.

—¿Dónde la pondría?

—En la biblioteca, cerca de sus ejemplares. ¿Puedo confesarle una cosa?

La miré con gran interés esperando que hablase. Ella dio un trago a la cerveza y agregó:

—Le dije que mi hermano era un gran admirador de su obra, pero sepa que entre los McFàrach quien más la admira soy yo. He leído todas sus novelas.

Me sentí adulado.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Porque temía lo que pudiera pensar de mí... Que después de lo que pasó atesorase su obra podría resultar hipócrita.

—Meribeth... —Sonreí—. Nunca me habría resultado así. Me habría alegrado enormemente saberlo.

—Pues ahora ya lo sabe. Y no se irá de aquí sin firmarme un ejemplar con una bonita dedicatoria.

—Hágame llegar uno mañana mismo a la posada y se lo devolveré firmado al momento.

La comisura de los labios de Meribeth se estiró hasta formar una bonita sonrisa que me habría gustado atesorar por siempre; plasmarla en un cuadro y que perdurase más allá del tiempo que se nos había concedido. Quise decirle mucho más en ese momento, pero uno de sus amigos del pueblo la cogió del brazo y se la llevó a bailar. Ella me puso la jarra de cerveza en la mano y se alejó riendo, con el cabello despeinado y el corazón lleno de dicha. Bebí, posando los labios allá donde habían estado los de ella, queriendo estar más cerca que nunca de los suyos.

Después de unos cuantos bailes más y alguna que otra cerveza, la plaza se fue vaciando cerca del alba y nos retiramos a dormir, agotados y felices. No descansé demasiado, pues estaba ansioso, y pronto me hallé dando vueltas en el dormitorio de la posada que compartía con Robert. Él resoplaba como un oso, durmiendo los muchos whiskies que se había bebido; sin embargo, alguna de mis pisadas debió alertarlo porque abrió un ojo, y luego otro, gruñendo.

—¿Se puede saber qué haces? Es muy temprano.

—Son ya las once de la mañana, pero ayer nos acostamos muy tarde.

Se dio media vuelta y se arrebujó en las sábanas.

—Por el amor de Dios, duérmete.

—No puedo. No puedo dejar de pensar en Meribeth y en qué voy a decirle.

Soltó un gruñido, dio un par de vueltas en la cama y terminó por incorporarse. Sentado en ella, con la sábana sobre las piernas hecha un rollo, dijo:

—Creo que es más simple de lo que te piensas y que le estás dando muchas vueltas a un asunto que no lo necesita. Solo dile cómo te sientes. Dile que la has perdonado y que el pasado no importa.

—Sabes que no soy bueno con las palabras cuando hay que verbalizarlas y le dije que pasaría a verla porque quería hablar con ella.

Se desperezó, lanzó un bostezo, y dijo con decisión:

—Entonces escríbeselo.

—¿Una carta?

Él iba a agregar algo cuando tocaron a la puerta. Ceñudo, fui a ver quién era, pues no esperábamos a nadie. Me encontré con la señora Drummond, que traía un libro entre las manos.

—Bethany ha dejado esto para usted de parte de su señora.

Bajé la mirada y vi que se trataba de una de mis novelas. En medio de la neblina mental que la noche de fiesta había dibujado, recordé las palabras que había cruzado con Meribeth. La promesa de firmarle un ejemplar y la petición de que me lo hiciera llegar. Sonreí, al ver que se había acordado, y cogí la novela al momento.

—Gracias, señora Drummond.

—¿Bajarán hoy a comer? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Nos vendrán bien unos buenos huevos revueltos.

—Y un poco de asado, gracias. Me muero por hincarle el diente a algo de carne.

La mujer, diligente, sonrió y nos aseguró que lo tendríamos todo. Cuando se marchó, me senté al escritorio que ocupaba una parte junto al ventanal, nervioso, bajo la atenta mirada de mi amigo.

—¿Para qué es el libro? —me preguntó.

—Meribeth me ha pedido que se lo dedique.

—Entonces te lo está sirviendo en bandeja. Dedícaselo y mete una carta entre sus páginas. Cuando lo reciba, se llevará una gran sorpresa.

—¿No crees que se molestará por algo tan intrusivo?

—¿Desde cuándo una carta de amor molestaría a alguien que sin duda la recibe con todas las ganas que caben en su corazón? —Chasqueó la lengua—. Qué complicado eres, Declan. No es que tengas que irte a la guerra.

—Me siento un poco así, como un soldado que va hacia una batalla que no sabe si podrá ganar —suspiré.

—¿Y por qué no ibas a ganarla? Esa mujer no ha olvidado lo que siente por ti. ¿O habría bailado contigo como bailó anoche? ¿Te habría cogido de la mano, acaso, en medio del *Auld Lang Syne*?

—T-te... ¿te diste cuenta? —tartamudeé nervioso.

—Yo y toda la plaza. —Se echó a reír y después se rascó la cabeza—. De verdad que no sé por qué te complicas tanto. Escríbele esa carta, y que me muera ahora mismo si no viene corriendo hacia aquí para verte.

—Espero que tengas razón y no tenga que enterrarte.

Bostezó mientras asentía y después se dio media vuelta arrebujándose en las sábanas de nuevo.

—No me despiertes hasta la hora de comer.

Abrí el libro por las primeras páginas y elegí una en blanco en la que escribirle una dedicatoria. De mi corazón salió ponerle algo sencillo, pero lleno de significado.

> A Meribeth, que siempre sabe tornar la oscuridad en luz
> y la tristeza en sonrisas.

Ya frente a la carta, me costó un poco más plasmar algo, pues debía volcar en ella todo lo que sentía, y en parte tenía miedo de su respuesta. Pero debía de ser valiente y afrontar aquel momento pues, si algo sabía, era que no quería seguir viviendo sin ella, anclado en el pasado y en el rencor de lo que sucedió.

Apoyé la pluma sobre una hoja en blanco y comencé a escribir. Fue como si mi corazón se derramase en tinta.

En cuanto terminé la nota, la metí en el libro, me aseé a conciencia, me vestí de la mejor manera posible y, tras ponerme el abrigo, fui en persona a dársela a Meribeth. El camino hasta el castillo se me hizo largo, aunque no había tanta distancia entre este y el pueblo, pero mis sentimientos a flor de piel me hacían dudar a cada paso de si estaba haciendo lo correcto. ¿Debía declararle que nada había cambiado después de todo o debía dejar que siguiéramos con nuestras vidas como estaban, sin remover las aguas del pasado?

Cuando llegué a Eilean Mo Chridhe, me recibieron Bethany y Heughan. El perro, feliz, me saludó agitando la cola y dando ladridos animados.

—¿Qué lo trae por aquí, sir Declan? ¿Olvidó algo? —preguntó la mujer, animada.

—Quería traerle el libro en persona y...

—Pase, por favor.

—No —pronuncié aterrado—. Es mi deseo que la señora lo reciba en soledad y lo lea también a solas. Dígale, por favor, que la espero aquí afuera.

—Pero... —Me miró confusa—. Hace mucho frío. Pase al menos al salón y póngase al calor del fuego.

Negué con la cabeza, obstinado en mi propósito. Quizá quería quedarme fuera por si la respuesta de ella era negativa y me veía obligado a salir corriendo de allí, avergonzado. No sabía qué me pasaba, pero desde luego que no me estaba portando como un hombre valiente. Todo mi ser temblaba.

Tras observarme unos segundos en silencio, Bethany cogió el libro y asintió.

—Como deseé —dijo, y luego llamó al perro, que se había sentado entre mis piernas—: Vamos, Heughan. Hace frío.

Sin embargo, la criatura no se movió. Parecía notar mi nerviosismo y quería quedarse conmigo para ayudarme a soportarlo.

—Yo cuidaré de él —le dije.

Después de un asentimiento, la mujer se marchó dejando la puerta abierta.

En un tiempo que me pareció que duraba una eternidad, oteé el interior esperando ver a Meribeth aparecer por allí. Nunca en mi vida me había latido el corazón tan aprisa.

Capítulo 7

Meribeth

Estaba sentada bordando junto al fuego, después de haberme tomado un remedio para el dolor de cabeza, pues esa noche no había dormido una pizca, cuando Bethany llegó con una gran sonrisa. Había escuchado que alguien llamaba a la puerta, y a Heughan ladrar, pero no imaginé quién era el responsable de eso hasta que ella dijo:

—Sir Declan ha traído esto para usted. Dice que estará esperándola fuera hasta que la lea.

Fruncí el ceño. ¿Por qué esperar fuera mientras leía la dedicatoria? Me levanté al momento, cogí el libro, y entonces lo entendí. Porque, más allá de las cariñosas palabras de la dedicatoria, y que me hicieron sonreír, había una carta que se deslizó entre las páginas cuando lo abrí.

—Es... es una carta —musité, dejando el libro sobre la mesa y apresurándome a desplegarla.

Con incipiente emoción, y curiosidad, me dispuse a leerla, esperando hallar en ella las palabras que mi corazón tanto anhelaba.

Querida Meribeth:

Sé que le dije que iría verla, pero ahora temo que me tiemble la voz cuando la tenga delante y que, un día más, sea incapaz de expresar lo que siento. En estas jornadas que he pasado a su lado he sido consciente de muchas cosas y he entendido que el rencor que sentía hacia usted por lo que pasó no era sano ni conveniente. Que usted era una víctima de las circunstancias como lo fui yo y que no podía achacarle culpa por lo que pasó. Sí, durante mucho tiempo mi corazón gritó de rabia por lo que usted había decidido por los dos, porque me apartase de su lado como si nunca le hubiera importado, como si, durante largos años, no hubiéramos sido uno solo, llamas gemelas de un amor que pensábamos que jamás iba a acabarse. Y, déjeme decirle, que al menos por mi parte no se ha acabado. Que, después de todo, sigue vibrando en mí con la misma intensidad del pasado y que, al volver a verla, todas las excusas que creía convenientes para alejarme de usted se han derrumbado con la misma facilidad que un viejo y decrépito imperio. Tuvieron su momento de esplendor, pero ahora solo son un vago recuerdo en el tiempo. Y sí, volver a ver su sonrisa ha vuelto a despertar en mí lo que imaginaba dormido y ahora no creo que pudiera volver a separarme de usted. Ha pasado mucho tiempo, pero mi corazón sigue siendo tan suyo como lo fue años atrás. Solo diga que me ama y todo lo demás no importará. Ni los días pasados ni las cosas que dijimos. Solo su amor y el mío.

Dígame, mi querida Meribeth, que aún queda esperanza entre nosotros. Recibiré sus palabras como si fueran el aliento de vida que me empuja a seguir y es que usted, y solo usted, hace que mi corazón lata con la misma fuerza que la del caballo que corre libre por los páramos que nos vieron nacer.

Usted será, para siempre, mi amor.

Con infinita devoción,

Declan O’Rilley

Calaron tan hondo en mí sus palabras que lloré un río de lágrimas. Una mezcla de emoción y añoranza. Un torrente de sentimientos que me embargó robándome el aliento. Había tanta pasión, tanta dulzura en ellas, que las sentí vivas, como si hubieran sido pronunciadas con la misma voz del corazón más que escritas. Como si fueran el legado de todos los amores del mundo. Declan se expresaba con gran devoción y eso me conmovió, y me reconocí a mí misma en sus palabras. Todos esos momentos que había vivido separada de él habían dejado de importar cuando volví a verlo. Todos mis temores ardieron en el fuego de la hoguera de su pasión. Lo amaba. Aún después de todo. Lo amaba con la pureza y el fervor de la primera vez. Sin pensármelo dos veces, corrí hacia la entrada esperando verlo y, cuando su figura se recortó en el exterior, con el marco incomparable del blanco níveo a su espalda, el corazón me latió desbocado, presa de la emoción. A sus pies estaba Heughan, sentado, como si ya fueran fieles compañeros.

No dije nada, solo me arrojé a los brazos de Declan. Él me recibió con dulce calidez y en su pecho hallé el cobijo a todas mis tribulaciones.

—Meribeth... —musitó, acariciando mis cabellos con cariño.

—Declan, yo... —La voz apenas me salía entrecortada, constreñida por las emociones.

Él me tomó por el mentón con suavidad, haciéndome mirarlo, y encontré en sus ojos las respuestas a todas las preguntas de mi universo. Era él y siempre había sido él, y se me antojaba extraño que hubiéramos podido estar separados durante tanto tiempo.

—Mi dulce amor, ¿por qué lloras? —preguntó, con la voz emocionada, hablándome de una forma más directa, como en los viejos tiempos.

—¿Tengo que contestar a esa pregunta? —Levanté la carta que aun guardaba en la mano—. Las palabras que has pronunciado me han conmovido.

—¿Son lágrimas de alegría entonces?

—De la más absoluta dicha.

—Entonces también he de sentirme dichoso. —Acarició mi mejilla con cariño, posando suavemente los dedos en ella—. ¿Sientes lo mismo que yo? Necesito oírlo.

—Quizá debería escribirte una carta —me burlé con cariño—. Sí, claro que lo siento.

Él rio y me estrechó con fuerza entre sus brazos. Su risa fue la melodía de la victoria del amor sobre todas las cosas. Nos miramos sobrecogidos por tan dulce momento, indecisos en qué decir a continuación, porque eran muchas las cosas que podían expresarse, todas ellas impregnadas de felicidad. Sin embargo, había algo que él debía saber y que podía tornar esa dicha en amargura. Un secreto que había guardado por largo tiempo. Un secreto que tenía derecho a conocer y que no sabía cómo reaccionaría cuando lo supiese.

Me puse tan seria antes de pronunciar palabra que Declan me miró asustado.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tu rostro se torna tan preocupado de repente?

—Porque, aunque las palabras de tu carta son muy hermosas, hay algo que deberías saber antes de decidir si quieres mantenerlas o no.

Frunció el ceño levemente. Sus preciosos ojos brillaron curiosos y preocupados a la par.

—¿De qué se trata? —preguntó tomándome de las manos. La carta se arrugó un poco entre ellas, símbolo de unión entre los dos.

—Has de saber que... poco tiempo después de que te marchases, de que yo... —Miré al suelo, compungida. Tenía miedo de su reacción, de que ese secreto lo mandase todo a la nada después de cuánto habíamos peleado con nuestros sentimientos.

—Dímelo, Meribeth, por favor —imploró.

Asentí, y tragué saliva, pasando el nudo que coronaba mi garganta, hecho de dudas y casi de

llanto.

—Poco tiempo después de que todo terminara entre nosotros descubrí que estaba esperando un hijo.

El semblante se le turbó, mostrando una expresión a medio camino entre el asombro y el dolor. Me soltó las manos y se las llevó a la frente, aturdido.

—¿Un hijo? ¿Llevabas un hijo mío en tu vientre cuando nos separamos? —fue capaz de decir, con la mirada clavada en la mía.

—Una niña. Lilybeth. Tiene tus mismos ojos, los mismos hoyuelos que tú cuando sonríe.

Se quedó unos instantes, pensativo, supuse que atrapado en una marea contradictoria de sentimientos.

—Ella... —Bajó las manos, como derrotado—. ¿Ella está bien?

—Está en un internado en Edimburgo.

—¿Qué? ¿He estado cerca de mi hija todos estos años sin saberlo? —dijo crispado. Por un instante pensé que se marcharía de allí y no querría volver a saber de mí; sin embargo, tomó aire con fuerza y, una vez que lo soltó, dijo—: Meribeth, ¿cómo has podido no decirme nada en todo este tiempo?

—Porque pensé que me odiabas. ¿Cómo iba a achacarte semejante carga?

—Es mi hija. No es una carga. Nació del amor, aunque el mundo se empeñase en separarnos —suspiró y volvió a frotarse la frente—. Dios mío... ¿cómo hemos podido perder tanto el tiempo? ¿Cómo hemos sido tan necios?

—Lo siento mucho, Declan. De verdad que pensé que no querías saber nada de mí después de lo que pasó.

—Pensaste mal, Meribeth, y no diré que no esté enfadado contigo.

—Oh... —El labio me tembló al borde del llanto. No quería que volviéramos a separarnos—. ¿Lo estás?

—Mucho, pero en el fondo he de comprender por qué lo hiciste, sin más remedio. Tu situación era complicada. No estábamos casados. Pero lo arreglaremos pronto. Nos casaremos y criaremos a esa hija juntos, como si nada hubiera pasado nunca.

Sus palabras me hicieron recobrar la esperanza y el temblor que me acongojaba cesó.

—¿Entonces no me desprecias? ¿No quieres alejarte de mí en este momento?

Esbozó una sonrisa cálida mientras me miraba.

—No, Meribeth. Quiero unirme más que nunca. —Me atrajo hacia él y me cobijó en su pecho —. Lo que quiero es no volver a apartarme nunca más de ti.

—Eso es fácil: no te marches nunca de mi lado. Recuperemos estos años perdidos.

Tomó mi rostro entre sus manos y asintió, mirándome a los ojos con devota sinceridad.

—Como te he dicho en la carta, serás, para siempre, mi amor; y de ahora en adelante, nada ni nadie podrá separarnos jamás —dijo entregado a sus palabras y a los sentimientos que estas desprendían—. Aunque Dios bajase de los cielos y me pidiera que te dejase, no escucharía sus palabras, porque tú y yo somos desde ahora uno, indivisibles, y eso no lo cambiará el tiempo ni la fuerza de Dios o de los hombres. Te amaré, Meribeth, más allá de la muerte.

Sonreí feliz, más que nunca, emocionada por sus palabras, con la sensación de que volaba. Y es que, a su lado, durante mucho tiempo, había volado hacia un mundo donde todo era hermoso y cálido.

—Bésame, Declan —le pedí—. No he olvidado el sabor de tus labios y necesito tenerlos junto a los míos de nuevo.

Y con el rostro lleno de dicha, lo acercó despacio al mío, sin dejar de mirarme con plena devoción, y plasmó un hermoso y dulce beso sobre mis labios. Un beso que supo a todas las cosas buenas de la Tierra. Que supo a amor y a futuro. Un beso que sellaba entre nosotros un pacto que tiempo atrás hicimos y que, después de todo, había sido inquebrantable: el de estar juntos.

Heughan correteó a nuestro lado, feliz como en ninguna otra ocasión, pues era consciente de que venían tiempos de dicha.

Y ese día, el día de Año Nuevo, comenzamos un nuevo camino juntos, dejando atrás todo lo que ya no nos servía: los rencores, el pasado, el dolor. Tomamos de la mano a la felicidad y caminamos junto a ella en adelante, libres ya de amarnos cuanto quisiéramos. Libres de formar una familia junto a Lilybeth y a sus hermanos, que pronto llegarían. Libres de amarnos para siempre.

Fin

Nota de autora y agradecimientos

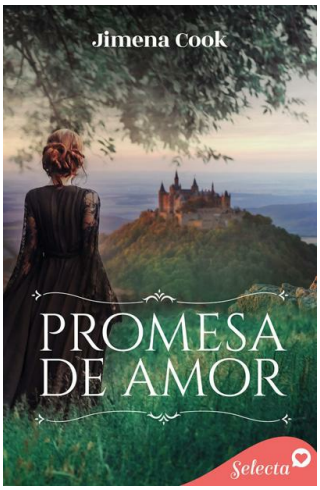
Llegamos al final de esta serie y no puedo más que sentirme agradecida por que haya recorrido este camino junto a vosotros. Gracias de corazón por haber leído estas preciosas historias ambientadas en Escocia, que tanto han significado para Ángeles y para mí. El viaje ha sido emocionante, maravilloso y lleno de buenos momentos. Quién sabe qué nos deparará el futuro. De corazón, gracias a todos los que lo han hecho posible. Espero que hayáis disfrutado y que esta novela y esta serie se hayan quedado ya dentro de vosotros en algún lugar especial. Ha sido bonito crear una historia navideña en Escocia y conocer sus tradiciones. Si estás leyendo esto en Navidad… ¡Felices fiestas! Un abrazo enorme. Nos vemos en la siguiente.

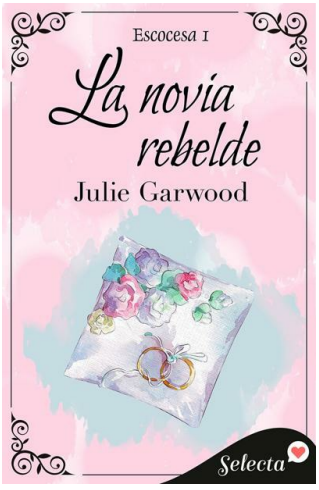
Si te ha gustado

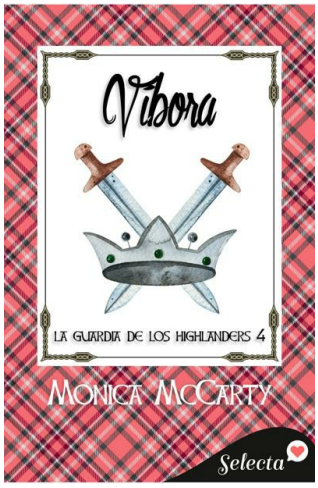
Para siempre, mi amor

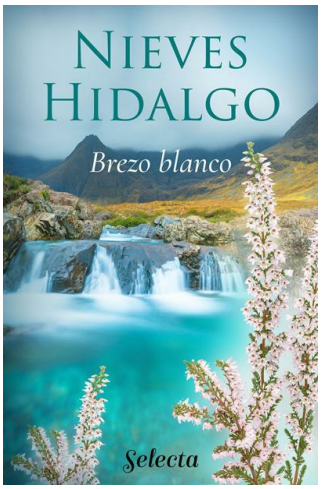
puedes disfrutar de estas

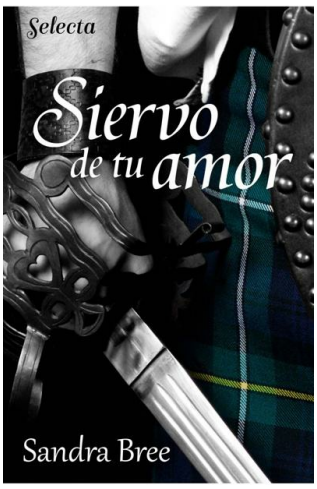


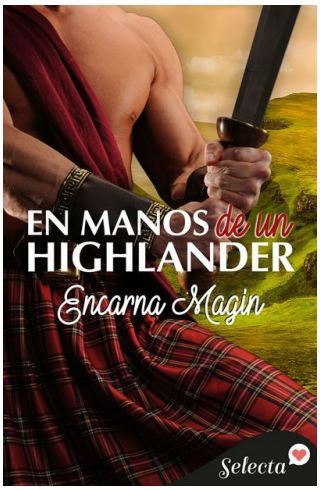







NIEVES
HIDALGO
Brezo blanco
Selecta


Selecta
Siervo
de tu amor
Sandra Bree


EN MANOS de un
HIGHLANDER
Encarna Magín
Selecta


Ana E. Guevara
En los ojos
del highlander
Selecta

«Ha pasado mucho tiempo, pero mi corazón sigue siendo tan suyo como lo fue años atrás. Solo diga que me ama y todo lo demás no importará. Ni los días pasados ni las cosas que dijimos. Solo su amor y el mío».



Escocia, 1871

Meribeth McFàrach, la señora del castillo de Eilean Mo Chridhe, está sola en Navidad. Ha perdido a su familia en un trágico accidente y prevé serán días duros.
Sin embargo, llama a su puerta **Declan O´Reilly**, un amor de juventud al que rechazó persuadida por sus padres y que es ahora un escritor de renombre. Una tormenta de nieve ha encallado su carruaje y se ve obligado a detenerse en aquel lugar que un día juró olvidar.
Obligados por el mal tiempo, han de pasar a solas unos días, en los que acercarán sus corazones más de lo que esperaban. Pero él ha de marcharse y ella, a pesar de todo, no confía en que su amor siga siendo verdadero. Una idea que se desmorona al encontrarse con algo que la hace ver lo contrario. Un detalle que la llevará a él **para siempre**.

Zahara C. Ordóñez (Jaén, 1983) es una amante de la literatura romántica. Le encantan las novelas de época y el siglo XIX, pero también los escenarios actuales. España es uno de sus lugares favoritos a la hora de ambientar sus obras. Apasionada de la Historia y malagueña de adopción, no concibe la vida sin escribir, sin el mar y sin la música. Cree en el amor y en los finales felices. Para ella, «todo empezó con una tormenta».

Redes sociales:
Twitter: @AzaOrdom
Instagram: zahara.c.o
Facebook: Zahara C. Ordóñez
Email: zahara.c.or@gmail.com

Ángeles Valero (Valencia 1982), es una apasionada de los libros y la escritura. Le encanta viajar a lugares poco conocidos de su tierra y descubrir costumbres, gastronomía, historias o leyendas de la zona para poder plasmarlas en sus novelas. Siempre encuentra una calle misteriosa, un recoveco apartado donde dejar que sus personajes vivan sus historias de amor.
Noche de patatas fritas y cerveza es su primera novela, una divertida comedia romántica.



Edición en formato digital: diciembre de 2023

© 2023, Zahara C. Ordóñez
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-12-0

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Compositor de la versión del poema «Auld Lang Syne» aquí mencionado. Aparece como personaje momentáneo en *Un año y un día*, la segunda novela de la serie Sucedió en Escocia, de la misma autora.

Índice

Para siempre, mi amor

Capítulo 1. Meribeth
Capítulo 2. Declan
Capítulo 3. Meribeth
Capítulo 4. Declan
Capítulo 5. Meribeth
Capítulo 6. Declan
Capítulo 7. Meribeth
Nota de autora y agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Zahara C. Ordóñez
Créditos
Notas